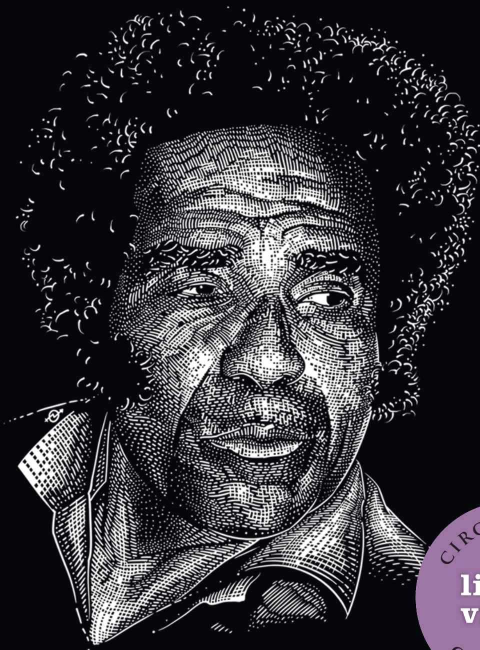
La calle 10



Circulación
libro al viento
gratuita

Manuel Zapata Olivella



Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



LIBRO AL VIENTO CAPITAL

La calle 10

Manuel Zapata Olivella

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Claudia Nayibe López Hernández, Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte
Nicolás Francisco Montero Domínguez, Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Catalina Valencia Tobón, Directora General
Astrid Liliana Angulo Cortés, Subdirectora de las Artes
Mauricio Galeano Vargas, Subdirector de Equipamientos Culturales
Leyla Castillo Ballén, Subdirectora de Formación Artística
Adriana María Cruz Rivera, Subdirectora Administrativa y Financiera
Adriana Martínez–Villalba García, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, María Camila Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes Zuluaga, Yenny Mireya Benavídez Martínez, Óscar Javier Gamboa Arévalo.
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, octubre de 2020

Imagen de carátula: Cristhian Contreras

Fredy Javier Ordóñez, edición
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
978-958-5595-42-2, isbn
Formas e Impresos, Impresión
Impreso en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Contenido

Presentación

"¡Abajo la opresión!
¡Muera el mal gobierno!
¡Resistid a estos
miserables verdugos!",
grita Mamatoco.

La calle 10 es un paseo turbulentísimo por la Bogotá de los años cuarenta. Es también el retrato de una ciudad que desapareció: atisbamos el paso del tranvía y las chicherías, vemos transitar las carretas y los mulos, e imaginamos las romerías atraídas por la iglesia de Santa Inés (demolida en 1957 por la ampliación de la carrera 10). Es, además, el intento de capturar el instante de hastío que enciende el fuego de una sublevación popular.

Publicada en 1960, *La calle 10* es la novela de Manuel Zapata Olivella que tiene su origen en la Bogotá en la que vivió su autor cuando estudiaba Medicina en la Universidad Nacional y en el ambiente de miseria e injusticia social que reinaba en esos años y que serían el caldo de cultivo de la descontrolada violencia que estalló el 9 de abril de 1948 tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Dividida en dos partes ("Semilla" y "Co-

secha"), Zapata Olivella hace primero un descarnado diagnóstico de las precarias condiciones de vida de la gente del pueblo y luego describe la euforia, el desmadre y el amargo desenlace de la revolución que se inicia por el crimen contra uno de los suyos.

No obstante, con audacia literaria, Zapata Olivella nunca se refiere explícitamente a la asonada histórica, la del Bogotazo; en la novela, la chispa que enciende definitivamente los ánimos es el asesinato de "Mamatoco", un periodista (negro, expolicía, exboxeador), presuntamente asesinado por las denuncias contra el gobierno. En esta novela "Mamatoco" se pasea por la calle 10 con el poeta Tamayo, con quien editaba y vendía *La Voz del Pueblo*, el periódico donde consignaban esas denuncias; y es en esa misma calle del centro de Bogotá donde muere, asesinado a cuchilladas —lo que resulta muy simbólico, pues en realidad murió en 1943, también tasajeado, en el parque Santos Chocano en el barrio La Magdalena—. Ante su muerte, un personaje vocifera: "Este es un crimen político. Los de arriba han querido silenciar su voz, la voz del pueblo, pero solo hacen que su grito sea más potente. Este crimen llevará su acusación más allá de la calle 10. Aquí no se ha matado un hombre, se ha herido de muerte a un pueblo…" (y ya sabemos a qué resuenan estas palabras).

Ya en esta novela, en clave neorrealista, se insinúan las inquietudes que encausarían la obra múltiple de Zapata Olivella: la cultura popular, la desigualdad social, el mestizaje, el papel de la herencia afrodescendiente en la historia colombiana. Y es movido por estas preocupaciones que nos presenta la galería de personajes misérrimos que viven, sobreviven y mueren en la calle 10 (de uno dice: "Necesitaba un cajón para enterrar a su Saturnina. Ni siquiera pensó en comprarlo, había perdido el hábito de usar dinero"): el carretero, el estudiante de Medicina, la beata, la prostituta adolescente, el policía vergonzante, la ventera revolucionaria, los niños limosneros, el señorito, el desplazado, la vendedora de naranjas, la revendedora de huevos…

Sin duda, esta reunión convulsa de personajes arquetípicos es una muestra valiosa de la obra de Manuel Zapata Olivella, de quien se celebran (en 2020) cien años de su nacimiento: nació el 17 de marzo —"el mes de las aguas"— de 1920 en Lorica (Córdoba). Además de médico, antropólogo y folclorista, escribió novelas —entre esas "Changó, el gran putas", su obra cumbre— y cuentos, obras de teatro y artículos periodísticos, crónicas y ensayos sobre las más diversas materias; fundó y editó *Letras Nacionales*, una revista literaria que se publicó a lo largo de

20 años (1965-1985) y tuvo 46 números; hizo circular la música popular colombiana en todo el mundo; reflexionó como pocos sobre la herencia africana en América, y con fundamento afirmó que los legados negro e indígena constituían la esencia de la identidad colombiana y americana (y de ahí su trashumancia por toda América Latina, por Estados Unidos y por África misma).

Da la impresión que todo lo que podía suceder en la Bogotá de los años cuarenta ocurría en la calle 10, y Zapata Olivella se encarga de hacernos una viva descripción de esto. Pero que el lector no se extrañe si siente que está leyendo sobre la Colombia de hoy, pues prima la sensación de que las motivaciones de los personajes, sus demandas sociales y la urgencia por un cambio siguen perfectamente vigentes. En algún momento, en una estación de policía, un personaje se pregunta: "¿A nombre de qué principio los condenaban al hambre y a la miseria? ¿Por qué mataban a sus hijos?". Es posible que el lector de *La calle 10*, al igual que el personaje, se lo pregunte hoy también.

Fredy Ordóñez

Semilla

I

—¡Saturnina! ¡Saturnina!

Había perdido la serenidad. Sus ojos, nublados por las lágrimas, no alcanzaban a ver los primeros rayos de luz diluidos en la madrugada. Debía darse prisa para llevarla al cementerio. Si llegaban a descubrir allí el cadáver de su mujer, lo conducirían al anfiteatro. Esta idea lo horrorizaba más que la misma muerte de su compañera. Le habría gustado dejarla allí tirada para que vieran cómo la habían dejado morir. Rápidamente abandonó este pensamiento. Para ellos nada significaban "los demás". Estaban solos en el mundo.

La mueca que desfiguraba el rostro de Saturnina trajo a su mente los recuerdos de su angustiosa enfermedad: la tos sofocante; los vómitos de sangre; la espera a las puertas del hospital; su hijo chupando leche del seno vacío; el médico con la nariz tapada, todo lleno de escrúpulos y, sobre todo, aquella

negativa: "¡No hay camas!" "¡No hay camas…!". Luego, hipeando, vino a morir en el piso duro y frío de la calle 10. Otra vez pensó en la posibilidad de que se pudriera al aire libre en la puerta de aquel edificio. Era una casa vieja, debía pertenecer a personas ricas, a esa "gente" a la que acudió muchas veces para que le salvaran a su buena compañera. Hasta tuvo ganas de sonreír pensando en los gestos que harían al descubrirla con la cara y el pecho ensangrentados. Ya escuchaba sus acusaciones: "¡A esta vieja la mataron!" "¡Cómo son de brutos esos indios, Dios mío!".

El "Pelúo" sabía quiénes la habían dejado morir, y aunque le hubiera sido placentero dejar expuesto el cadáver a sus miradas como una acusación, se resolvió a enterrarla sin cura, sin velas, sin coronas, porque fue buena y no dejaría que la despedazaran en el anfiteatro de la Facultad de Medicina. Rezaría y haría que su hijo lo imitara. ¿Para qué más? Saturnina fue tan pura, que prefirió morirse de hambre antes que robar. Pensamientos y recuerdos cruzaban por su mente, cuentas de un rosario, palabras de una oración. Y orando estaba la gran plegaria de la vida hazañosa de su mujercita, postrado ante ella de rodillas, la cabeza mechuda entre las manos. De repente observó que ya habían apagado las luces de las cantinas. Dejó a Saturnina en compañía de su hijo que

aún le buscaba el costado sin calor. Siguió calle abajo lleno de contradicciones. Arrastrado por la pendiente, sentía ligeros los pies; su cuerpo le pesaba menos, como si le hubieran amputado la cabeza o los brazos. No sabía qué hacer, ni por qué caminaba. Detrás había quedado su mujer muerta abrazada por su hijo dormido.

—¡Maldito perro!

Perseguido por el frío, el animal se desenrolló por última vez, sacudiéndose las pulgas a dentelladas. Desde hacía horas dibujaba y desdibujaba círculos en pos de un poco de calor; la mañana, como todas las que había pasado en su vida, se enfriaba en sus costillas. Por la rendija del garaje se entró al patio y siguió hasta la empalizada que hacía de pesebre. El mulo al sentirlo sacudió su piel y tiró una coz, rumiando los últimos hilos de yerba. Nunca en la vida se habían cruzado palabras, pero sabían que los ligaba algo muy poderoso: el cariño que tenían a su dueño. El mulo y Epaminondas formaban una pareja inseparable cuando los conoció. El carretero lo vio llegar hambreado, dolido por la paliza que le propinaran sus primitivos dueños hasta hacerlo huir. Nunca supo por qué lo echaron a pesar de que ya habían dejado de alimentarlo. Epaminondas le dio comida y comenzó a llamarlo "Desprecio". El mulo no

le hablaba, pero se había dado cuenta de que también lo quería, pues le alargaba su cuello para olfatearlo. A estas caricias él respondía moviendo el mocho del rabo, como lo acababa de hacer esa madrugada. Se precipitaba el día y ladró a la entrada del cuarto.

En la puerta de la choza de adobe surgió el cuerpo de Epaminondas. Perezosamente, todavía los músculos inundados de sueño, buscó la llave del agua, hurgó un poco con sus labios y, tras de enjuagarse boca y dientes con los dedos, rezongó por el frío que lastimaba sus muelas maltrechas. Silencioso, sin que le hiciera caricias, el perro lo seguía. Nadie como él estaba enterado de los hábitos poco ceremoniosos del amo, de ahí que a pocos pasos lo observara sin atreverse a husmearlo. Epaminondas no aceptaba ni siquiera caricias femeninas; tal vez en ello fincaba su celibato. Tampoco las daba y apenas manoseaba la piel del mulo mientras le ponía los arreos o en las contadas ocasiones en que lo bañaba. A los pocos minutos estuvo encima de su carreta, listo a recibir las cargas en la Plaza de Mercado. Envuelto en su ruana, solo al aire la mano que sujetaba las riendas, sacó la carreta por el portón hacia la pendiente de la calle 10. Al oír su traqueteo, Parmenio abrió los ojos y tuvo la impresión de que había dormido demasiado. La calle parecía un túnel. Todo se aquietaba den-

tro de esa masa gris que hacía perder la noción del tiempo, que aproximaba y alejaba las cosas. El ruido inconfundible de la carreta de Epaminondas, siempre cruzando por allí a la misma hora en busca de cargas, le convenció de que era tiempo de despertar a su familia. Las puertas de la iglesia de Santa Inés estaban abiertas e iluminadas.

—¡Abran los ojos, mis hijos! ¡Hoy hay más hambre que ayer!

El grito de guerra del padre sacudió a su rebaño con la crudeza de un latigazo. Gabriel, autómata, levantó la cabeza. El mechón de pelo rojo alzado y los ojos verdes, vidriosos, de zorrillo hambriento. Fiel a la consigna del padre, sin abrir los ojos, extendió el brazo en ademán de súplica por una limosna y se quedó así, con la mano abierta, sobrecogido por el sueño. Sus hermanitos menores, los “Pulgas”, pusiéronse a caminar instintivamente hacia la iglesia próxima. En la puerta encontraron una beata arrebujada en un mantón negro. El parecido de los mellizos la azoró y quiso alargar el brazo para acariciarlos, pero tuvo miedo de tocar aquellas estatuillas de ojos lagrimeantes, cabellos rojos y manos sucias. Recordó lo que había ido a pedir a la santa. “Sí, estos niños desamparados, aquí tan de madrugada, han sido puestos por ella, para probar mi caridad”. Al

sacar de la cartera la limosna, sintió temor por imaginarios asaltantes. Apretó bajo su brazo las dos biblias, el crucifijo de oro y, acercándose al ángulo de la puerta, se puso a hurgar las monedas en el fondo de la cartera. Extrajo algunas y los "Pulgas", después de guardarlas afanosos en sus bolsillos, corrieron con sus caritas alegres en busca del padre. Parmenio se alegró mucho cuando en la semioscuridad adivinó, más que vio, las dos monedas de cincuenta centavos. Un tanto desconfiado les hincó los colmillos, embolsillándoselas satisfecho. Previendo que se perdían las mejores horas de la madrugada, volvió a rezongar:

—¡Levántense, haraganas, que se viene el día!

Su mujer y la hija todavía trataban de acurrucarse contra el pavimento, encharcado por el agua con que aseaban la cantina. Teolinda se enderezó y sintió un hambre atroz, la de ella y la del hijo que llevaba en el vientre, próximo a nacer. Frotose con las manos la cara filuda y, tras de girar los ojos como maniquí, tragó una vez más un poco de saliva. Era lo único que había probado desde que vagara toda la noche por entre los borrachos de la cantina en solicitud de limosnas.

De un coscorrón, Parmenio despertó definitivamente a Ruperta que dormía a pesar del frío intenso. Andaba la mocosa cargándose con la sazón de

la pubertad, modelando sus caderas con inesperadas onzas de grasa y empinando el busto con la insinuación de los senos. La cara se tornaba más redonda y se le entreabría la hendidura de los labios. Perdida la pereza, arreglose los cabellos y, con ademanes desconocidos en ella hasta entonces, desapareció alegre por entre los bultos de cebollas.

—¡Ya es una mujercita!

Parmenio se rascó incómodo los cabellos rubios.

—Al fin podremos…

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué es lo que piensas tú?

—¡He dicho que ya es una mujercita!

Quedó intranquilo al ver que Teolinda partía sin aclararle el significado de sus palabras. "¿Será posible que piense lo mismo que yo?". Continuó observando el caminado a rastras de su mujer, agobiada por el peso de su voluminoso embarazo. La vio agacharse frente a la corriente de agua sucia para tomar de ella una naranja podrida y llevarla a la boca. Mucho la quería y ahora la observaba con su sombrero de fieltro agujereado, por cuyos rotos salían las hebras erizadas de sus cabellos indios. Se incomodó de que él fuera blanco. Hubiera querido ser como Teolinda. Sus hijos no habrían sacado ese color blancuzco y los pelos rojos que les impedían confundirse

entre la muchedumbre. Sin embargo, sus pequeños sabían cómo escurrirse cuando los fisgoneaban los policiales. Dio un puntapié a Gabriel y este volvió a levantar la cabeza. Sin darle tiempo a restregarse los ojos, lo prendió por el mechón de pelo y no lo soltó hasta verlo de pie. El pantalón del hijo, renegrido por el cerote, le hizo recordar su antiguo oficio de zapatería. El chaleco también le había pertenecido; ahora Gabriel lo usaba como coraza contra el frío, pese a que le dejaba descubiertos los brazos, morenos por la mugre, pero realmente blancos. Cuando el padre le soltó los cabellos corrió a unirse al grupo de amigos que dormía envuelto en pedazos de papel periódico. Tiró de los pies de "Viruta" y de los fondillos del "Sargento". Escucháronse gritos y maldiciones. "Malicia" logró sacar la cabeza por entre las piernas de los mayores y respirar el aire frío de la calle. La hermanita de la "Garrapata", ayudada por Gabriel, pudo incorporarse, sin que la lisiada, que no dejaba de cabalgarla ni cuando dormía, consiguiera despertarse.

—¡Ya los perros andan por la carnicería!

El "Pelúo" los miró como si nunca antes los hubiera visto dormir entre papeles. "Cadáveres envueltos". Había caminado sin saber qué buscaba y ahora lo comprendía. Necesitaba un cajón para enterrar a su Saturnina. Ni siquiera pensó en comprarlo, había

perdido el hábito de usar dinero. Recordó que en su juventud hizo muchos ataúdes allá en su pueblo cuando fuera ayudante de carpintería. Unos lujosos para los ricos y otros toscos y pelados para los pobres. Pero ahora no podía construir ni un simple cajón para su mujer. No tenía serrucho, martillo, clavos ni madera. Nada. Una idea concibió mirando a los muchachos que dormían. Se fue a buscar el depósito de basura. Encontró que Teolinda y los perros habían roto los papeles.

—¡Aquí no hay nada de comer!

El "Pelúo" no le respondió y a pasos lentos se acercó a la esquina, donde por largo tiempo observó los carteles funerales pegados a la pared. Intentó desprender con las uñas la costra de almidón reblandecida por la humedad de la mañana.

El hijo somnoliento buscaba todavía el calor de la madre. Lo retiró con delicadeza y se puso a envolver el cadáver. Estaba frío y resbaladizo como estatua de sal. Sudó mucho tratando de suavizarle las coyunturas, hasta que pudo enrollarlo en los papeles valiéndose de la cuerda con que ataba sus cargas.

—¡Froilán!

Restregándose los párpados entumecidos lloriqueó:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Levántate, hijo, vamos a enterrarla!

—¡Vamos!

Y la palabra le despertó la tos. El padre pudo con gran esfuerzo acomodarse el cadáver sobre la espalda, sujetando el canto libre de la cuerda en torno a su frente. En su vida de cargador jamás un bulto le había pesado tanto. Su mujer que en vida apenas sumaba unas libras, muerta, sobre sus espaldas, aventajaba el peso de su propio infortunio. En los cristales mojados de sus ojos se reflejaba la calle sembrada de sombras escurridizas. Creyó escuchar pasos que coreaban los suyos. Con dificultad volvió atrás el rostro. Solo zumbaban los alambres del tranvía. Avanzó y de nuevo percibió el rechinar de unos cascos, de un coche mortuorio, sus propios pasos agigantados en el ámbito de la calle. Afortunadamente subía Epaminondas. Eran buenos amigos, hasta habían nacido en el mismo pueblo. Podría llevar el cadáver en su carreta y librarse de su peso. "Desprecio" lo reconoció por el olfato en la semioscuridad y se puso a mover la cola. Esperaba que su amo se pusiera a conversar con el "Pelúo" como lo hacían otras veces, pero la carreta siguió de largo, sin que Epaminondas, semidormido, lo advirtiera. Echó a correr impulsado por una fuerza extraña, no sabía si achacarla al temor que sentía al creerse perseguido por el fantasma del coche mor-

tuorio o por el simple hábito adquirido siempre que sus espaldas soportaban un fardo. Repentinamente tuvo la noción clara de que su mujer se había muerto de veras y por sus pómulos filudos rodaron algunas lágrimas.

Froilán lo seguía sudoroso, arrastrado de la mano. La fiebre le abrigaba mucho más que el calor de la madre cuando lo acuñaba bajo la ruana. Miró el suelo y advirtió que a todo lo largo de la calle grandes manchas de sangre mojaban la acera. Apenas si reparó en ellas. Un perro negro las lamía con su lengua áspera. Exasperado por su olor, el animal corrió hacia la carnicería. Los huesos y las carnes colgaban de altos garfios, goteando sangre. La boca se le llenó de saliva espesa. Sombras escuálidas se deslizaban silenciosas contra los muros, por debajo de las mesas, huidizas, evitando el encuentro de los carniceros. Le disputarían hasta la más pequeña astilla de hueso. No era fácil luchar con sus congéneres, y, además, los hombres mismos también llegaban en plan de rapiña.

—¡Ahí está el perro negro que mordió a "Viruta"!

La "Garrapata" indicó el sitio donde se ocultaba el animal. La pandilla se alertó. El jefe todavía cojeaba por la mordedura y su espíritu vengativo le aguzó el instinto.

—¡Lo quiero vivo, no vayan a matarlo!

El "Sargento", con la cabeza rapada y vistiendo un descolorido uniforme de soldado, se dio prisa en cumplir la orden como lo hacía cuando estuvo de pinche de cocina en el cuartel. Apoderado de un saco, "Malicia", recién llegado a la vida vagabunda, se dispuso a impedirle la salida por donde había logrado escaparse el día anterior. La "Garrapata" escandalizaba revolviéndose en el cuello de la hermana. La cabestreaba por los cabellos como si fueran riendas. Al verse acorralado, una crisis nerviosa acogió al perro negro hasta hacerlo babear y emitir débiles aullidos. Decidió acometer y gruñendo sordamente, abrillantados los ojos, se abalanzó sobre "Malicia". Resbaló el muchacho, enredado en su propio saco y, al tirar del rabo, solo le quedó en la mano un pegoste de pelos y sebo. El perro siguió abriendo y cerrando el arco de su espinazo y cuando creyó que los había burlado por segunda vez, el nudo se apretó a su garganta, acortándole aullidos y resuello.

—¡Ahora me pagarás tu mordisco, hijo de perra! —clamó "Viruta", cuya sevicia y cobardía le habían granjeado capitanear la pandilla. Sus garrotazos y maldiciones terminaron por aplastarlo contra el suelo.

—¡Un perro rabioso!

—¡Un perro rabioso!

Sumáronse los golpes de los transeúntes y hasta el policial Rengifo desenfundó el revolver para rematarlo de un disparo. Al ver el arma tan cerca, "Malicia" se escurrió entre la gente, llevándose las manos a los oídos, asustado mucho antes de oír la detonación.

—¡Sí, reviéntele la cabeza de un tiro! —azuzaba la "Garrapata", reteniendo a la hermana que pretendía huir.

Cuando el dedo iba a disparar el gatillo, inopinadamente se interpuso "Viruta" y así como el salivazo de la paralítica le bañó el rostro, pudo desfigurarlo el disparo.

—¡No lo mate, señor policía!

Los del tumulto quedaron sorprendidos. En el barullo, precisamente "Viruta" era quien más zurraba al perro sin piedad y entonces intercedía por él, pidiendo perdón. La "Garrapata" corcoveó iracunda, golpeando con los puños la cabeza de la hermana.

—Sí, déjalo que le arree un tiro —reclamaba—. ¡No seas cobarde!

—¿Es acaso tu perro?

El policía manoteaba con el arma.

—Hay que llevarlo vivo a la Facultad de Medicina para que lo examinen.

Rengifo enfundó el revólver y el tropel siguió abriéndose paso con maldiciones y ladridos. Su

presencia en el patio de la Facultad fue recibida por los estudiantes con alborozo. Detrás de los paredones se escandalizaron las perreras. No tardó en aparecer el cuidandero y, después de dejar una moneda de cincuenta centavos en las manos de "Viruta", arrastró la nueva víctima a las celdas de cirugía experimental.

—¡Ya cayó el maldito en la ratonera, mañana lo despellejarán vivo los estudiantes!

El jefe examinose la herida que le había dejado el animal en su primer intento de captura.

Un mezquino sol oreaba la calle cuando los rapaces se mezclaron entre carretillas, bultos y transeúntes que impedían el paso del tranvía. En vano el conductor daba gritos y golpes de campana. Al llegar a la Plaza de Mercado no pudo avanzar más, cercado por los vendedores de helados, las sirvientas con sus canastos y las verduleras que en medio de los rieles, como si estuvieran a la vera de un camino rural, depositaban sus mercancías o se agachaban para orinar. Pronto eran muchos los vehículos que impedían el tránsito por las calles transversales. Los cargadores soportaban pesados bultos en sus espaldas y cabezas sin encontrar siquiera un centímetro de superficie para desplazar sus propios pies.

El tranvía delantero logró recuperar los rieles y el conductor tuvo deseos incontenibles de dejarlo

correr por la pendiente de la calle. Los pasajeros que abarrotaban los estribos comenzaron a respirar mejor en su apretujamiento. De repente se oyó un grito ronco, urgido y escalofriante. El conductor apretó los frenos y los hombres se apilonaron en el interior del carro. Se acrecentó el rumor confuso de voces, interjecciones y gritos. En mitad de la calle había quedado el cuerpo de un niño decapitado. El filo de un azadón que emergía de un volquete había servido de guillotina imprevista. Un hombre subió al carro y sujetó la cabeza por el mechón de pelo rojo.

—¡Gabriel! ¡Gabriel!

Parmenio debatíase entre la multitud que le atajaba el paso. El mismo Rengifo, pese a su uniforme y a su bolillo, avanzaba y retrocedía sin que le dieran la importancia que se creía merecer. Un brusco empellón hizo caer en tierra a Teolinda con las piernas y el vientre descubiertos.

—¡Va a parir! ¡Va a parir!

El griterío aumentaba con las cornetas de los automóviles y al campaneo de los tranvías reclamando el paso. Sonó el aullido de una sirena y la gente con atropello abrió camino a la ambulancia de la Cruz Roja. Los camilleros lograron recoger el cadáver y transportarlo, en tanto que en los apuros se dejó el cuerpo hinchado de la embarazada sobre

la acera. El policial Rengifo insistía en que Parmenio lo acompañara.

—¿Y mi mujer dónde va a parir?

—No se preocupe, la conduciremos al hospital.

—No, es mejor que la dejen aquí. ¡No quiero que la maten!

La gente miraba curiosa su blancura, sus cabellos rojos, como si fuera un extranjero. Rengifo tuvo que abrirse camino con el bolillo.

—¡Abran paso, dejen a este pobre y honrado hombre!

Seguían encerrándolo en un círculo de comentarios y ojos abultados. Parmenio se dejaba empujar. Una gran indignación lo asfixiaba. Tenía conciencia de que quienes no lo dejaban alimentarse, esos cazadores uniformados que bufaban hasta por verlo recoger una naranja de la basura, eran los asesinos de su hijo. Se sentía al borde de la rebelión. A él también le sobraban fuerzas para destruir. El contacto de dos manos que conocía tanto como las suyas propias le hicieron volver los ojos hacia abajo. Los "Pulgas" habían logrado filtrarse por entre las piernas de los curiosos y, como lo acostumbraban, cada uno de ellos se agarró a una de sus manos. Al verlos con sus caras mojadas por el llanto, los levantó en sus brazos.

—¡Papá! ¡Papá!

Ruperta forcejeaba entre el tumulto.

—¿Qué le ha pasado papacito?

—Ahí en la calle está tu madre tendida, ¡no dejes que la lleven al hospital!

Penetraron a la oficina de policía, en las inmediaciones de la Plaza de Mercado. Otras veces Parmenio había entrado allí, sumiso, parsimonioso para responder a las autoridades por algún robo. Ahora, con sus dos hijos en los brazos, se sentía acusador. Les diría cuanto callaba desde mucho tiempo atrás. Reclamaría por su hijo muerto, por sus pequeñas criaturas hambrientas, por su mujer y su hija. ¿A nombre de qué principio los condenaban al hambre y a la miseria? ¿Por qué mataban a sus hijos?

Todo, todo lo que sufrían en la vida iría a gritárselos a la cara. A través de la reja, oyó que interrogaban:

—¿Cuándo asesinó a su mujer?

—¿Qué?

Las abruptas cejas del "Pelúo" se enderezaron como pelos de saíno.

¿Por qué le preguntaban aquello? ¿Podía él haber asesinado a Saturnina? Lo que sucedía desde que le arrebataran su cadáver en el cementerio le causaba extrañeza. Jamás pensó que su mujer muerta interesaría tanto a la "gente", cuando en vida nadie se ocupó

de ella. ¿Por qué no hacían algo por su hijito que se moría de fiebre?

—¡Díganos toda la verdad! ¿Por qué y cuándo mató a su mujer?

La pregunta era demasiado absurda para que pudiera encontrarle respuesta. Su boca permaneció cerrada. El funcionario que lo interrogaba frunció el entrecejo, le sacudió los hombros y le insultó:

—¡No se haga el bruto, ni el mudo! ¡Cuéntenos cómo estranguló a su mujer!

Miró a todas partes con ojos sorprendidos. Un cerco de policías lo atisbaba y algunos fotógrafos disparaban contra él lampazos de luz. Creyó que deliraba. No, ahí a sus pies estaba Froilán, cada vez más caliente. La tos se le había calmado y dormía con la cara sudorosa. Ya iba a acosarlo de nuevo el inspector, cuando penetró un policía y, después de cuadrarse militarmente, alargó una boleta al funcionario.

—Aquí está el resultado de la autopsia.

El inspector la llevó a sus ojos para leerla una y otra vez. Después ordenó a los policías con evidente desgano:

—Déjenlo en libertad. No hubo homicidio.

Rengifo lo invitó a que saliera.

—¿Y dónde han dejado a mi mujer? ¡Quiero que me la devuelvan para enterrarla!

—Te hemos ahorrado ese gasto. Ya debe estar en el anfiteatro de la Facultad de Medicina.

La palabra "anfiteatro" tenía el poder de atemorizarlo más que la propia muerte. Se agachó para recoger a su hijo del suelo y, después de envolverlo en la ruana, salió a la calle con lentitud. Nunca había sentido tanto pavor en su vida. Saturnina, la que quiso mucho, la buena compañera, había ido a parar al anfiteatro. No se resignó a su suerte y se dispuso a reclamarla. Su mujercita debía ser sepultada. No estaba sola en el mundo. Lo tenía a él y a su hijo. ¿Por qué la iban a descuartizar en el anfiteatro? Dando traspiés, sin resistencia, se dejó arrastrar por el caudal humano de la calle 10. Las rejas metálicas de la Facultad estaban abiertas; no había nadie que le impidiera la entrada y ensimismado penetró por el amplio patio. Llegó a las gradas de la escalera y subió hasta el corredor con el cuerpo de Froilán en sus brazos.

—¿A dónde va?

El conserje le atajó tirándolo de la ruana.

—Vengo a buscar a mi mujer que la tienen en el anfiteatro.

—¿Quién es su mujer?

—¡Una muerta, debe estar entera todavía, murió esta mañana!

—Aquí no hay muertos enteros. ¡Salga!

Arrastrado de la ruana como a bestia que llevaran del cabestro, lo condujeron a la calle. Un último empellón lo hizo caer al suelo y, al sentir que las puertas se cerraban tras él, tuvo la impresión de que su mujer había sido tragada por aquellas inmensas mandíbulas de hierro.

II

El policía Rengifo se solazaba conversando con Chava en la esquina de la Plaza de Mercado. Con su canasta sostenida en el ángulo del codo, la muchacha hacía dos días se olvidaba a esa hora de la cocina y de las compras, desde que la deslumbró el flamante uniforme.

—Esta noche vamos al cine, Chava; mira, tengo unos pesos. Ayer nos pagaron.

Moviendo sus ojos con asombrosa complacencia, la muchacha no tardó en responder:

—A las ocho estaré aquí en la esquina.

Desde que llegara de su pueblo nunca se le había presentado un hombre tan seductor como Rengifo. Pensando en él se perdió entre la gente que afluía al mercado. Bajo las viejas arcadas, se vio envuelta en el tumulto que ese día congestionaba mucho más la habitual estridencia de la plaza.

—¡La "Capitana" decide!

—Y yo digo —respondió la aludida, encaramada en el mostrador de su ventorro— que debemos ir todas al piso de arriba y ¡exijamos al director que quite el impuesto o le reventamos el hocico!

Era lo que esperaba aquel puñado de verduleras después de oír opiniones razonadísimas desde hacía una hora. La "Capitana" en un santiamén tuvo que resolver el dilema y había optado por el camino de la guerra, como era de esperarse. Las vendedoras de naranja, las revendedoras de huevos, las propietarias y las que no lo eran. Todas aquellas que guardaban algún resentimiento contra el director de la Plaza de Mercado porque no las dejó plantar su venta en mitad de la vía, o porque les hizo pagar una multa, aprovecharon aquel nuevo impuesto, dizque con el objeto de engalanar el mercado, para tomarse una justa venganza.

—¡Abajo los nuevos impuestos! —acosó una vez más la "Capitana" cuando su vigoroso ejército se enfrentó a la media docena de cobradores y celadores de la Plaza. No bien había lanzado su grito, cuando por vía más práctica arrojó a la cara de aquellos indefensos dos descargas de tomates maduros. Como si esta hubiera sido la señal convenida, agarraron huevos, papas, tomates, berenjenas y cuanto había a su alcance para disparar sobre los odiados

cobradores. El ataque imprevisto no les dio tiempo para maniobrar y, antes de que pudieran pasar el cerrojo, allí estaban los brazos y el cuerpo forzudos de la "Capitana" deteniendo su intento. Por la brecha penetraron los gritos, tomates y maldiciones, arrollando la débil oposición de los empleados, que escaleras arriba corrían asustados en busca de refugio.

—¡A ellos! ¡A ellos! —acosaba la jefa, deseosa de despellejar a unos cuantos cobradores que a la sombra de su empleo gustaban de comerse cuanto se les antojaba, seguros de la impunidad. Aquel momento no era para desaprovechar y, antes de sacudirle las narices al director, como se lo habían propuesto, bueno era darles su paliza a los empleados abusivos. Pese a su gordura, la "Capitana" logró darle alcance al más rezagado, que resultó ser el más pícaro y entre huevos rotos y tomates reventados le dieron de estrujones y puñetazos, que, de no hacerse el muerto, le habrían sacado hasta los ojos. Ante el alboroto que escandalizaba a toda la Plaza y resonaba con mucha más fuerza en la escalera, el director salió enfurecido de su oficina dispuesto a cortar aquella impertinencia. Delgaducho, vestido meticulosamente de negro y provisto de lentes para desmenuzar los detalles, con paso ceremonioso ya se aproximaba a la escalera, cuando la voz de la "Capitana" lo señaló con su grito:

—¡Al tirano! ¡Abajo el impuesto! ¡Sacudámosle las narices!

No fue necesario que se acomodara los lentes, como solía hacerlo con repugnancia cuando deseaba desconocer a alguien, pues de hecho advirtió que era todo un batallón, digno de su jefa, el que subía victorioso. Corrió el vejete con agilidad increíble y, sin encontrar más refugio que un escritorio, presto se encaramó en él.

—¿Qué quieren, mis hijas? —prorrumpió con palabras mohínas, dándoselas de azúcar y miel, cuando todas esas vendedoras a quienes ahora llamaba "mis hijas" conocían la hiel de su carácter. La "Capitana" se acercó hasta el escritorio y de dos poderosas sacudidas lo hizo tambalear. Convertido en equilibrista, se agarraba con manos y pies de los libros, para no dar en tierra. Tolvanera de cuadernos y periódicos, agotadas las provisiones de tomates y huevos, sepultó al anciano que en menos de un minuto perdió su porte solemne.

—¿Qué quieren, mis hijas? ¡Yo se los concederé todo! ¡Suprimiré el impuesto!

—Esto hay que pactarlo en papel sellado. ¡Baje de ahí y escuchará nuestros reclamos! —estalló la "Capitana".

—¡Les concederé todo, todo!

El clamor general inundó las oficinas y repetidas veces se oyó vivar el nombre de la "Capitana". Sudorosa, roja, colérica y jactanciosa, la aludida acogió sin modestia los vítores. Aprovechó aquella oportunidad el director para congraciarse con ella.

—Parlamentemos, "Capitana". Yo sé que usted es una defensora de la libertad…

Preocupadas por resolver sus diferencias, las vendedoras habían dejado sus bultos tirados en mitad de la calle, e, impotente frente a ellos, Epaminondas, con más de una tonelada de panela sobre su carreta, enfiló su cólera hacia el dueño del camión que lo acorralaba contra el muro.

—¿Dónde está el indio chofer de este carro? —clamó desde lo alto de su carreta—. ¡Carajo! ¿Cómo vino a estacionarse el animal aquí? —Volvió a desahogarse, subiéndose los pantalones, en tanto se llenaba los carrillos de arepa y chicharrón. Nadie escuchaba sus protestas, atenido cada quien a los quehaceres de compra y venta. Solo "Desprecio", encrespada la pelambre roja del cuello, ladró repetidas veces haciendo coro a su amo. En raros momentos como aquel alteraba su silencio de guardián celoso. El carretero perdió la paciencia, quebró el látigo sobre el adormilado mulo y con grito sostenido anunció la maniobra:

—¡She! ¡Va la carreta! ¡Apártense!

Agitando el mocho, "Desprecio" subió a lo más alto de la carga para mirar mejor. El freno mordió la lengua al mulo con tanta aspereza que le hizo saltar sangre, obligándolo a encabritarse. Zumbó el látigo en ambos ijares y, al aumentar la tensión de la rienda, resbalaron los cascos herrados en busca de una resquebrajadura donde apoyarse. A los resoplidos del carretero la gente se apretó detrás del vehículo, cediendo un milésimo de terreno, entre canastas de repollo y mandarinas.

—¡Ahí! ¡Juste!

Precipitáronse las ruedas, chilló una llanta del camión y saltó en pedazos la compuerta. La algarabía atronó en círculo y el mulo, fuerza dirigida, consiguió compulsar la carreta hasta las líneas del tranvía.

—¡Indio bruto, cómo te metes sin avisar! —tronó el chofer del camión surgiendo de pronto, sin reparar aún en la llanta desinflada.

La carreta marchó adelante entre gritos y el aspaviento del perro que no cesaba de ladrar desde lo alto de la carga.

El "Artista" despabiló asombrado al ver la proeza del carretero. A falta de otro espectáculo interesante, se puso a observar los saltitos que daba el "Oso" para llamar la atención de los choferes de

buses. Su deformidad despertaba conmiseración, pero no tanta como para que lo prefirieran a alguien que pagara su pasaje. Viendo la cara de horror, pero también de curiosidad de quienes observaban su fea contractura, el "Artista", hábil manipulador de ideas prácticas, tuvo de repente una inspiración. Se acercó al lisiado y tras de tocarle la giba con aires de generosidad, le preguntó:

—¿Quieres dinero para el bus?

—Sí —el "Oso" abrió sus ojos, mostrando su dentadura carnívora.

—Pues tú y yo vamos a ganar mucha plata, ¿eh?

—¡Sí, bueno!

Una sonrisa obligó al idiota a botar saliva por la boca.

—Así me gusta. Ahora me convertiré en gitano y tú en lo que eres —le explicó, apretándose el sombrero roto sobre sus cabellos erizados.

Haciendo un gran esfuerzo para hablar, el contrahecho, sin comprender las palabras de su inesperado benefactor, le interrogó:

—¿Qué, qué soy yo?

—Pues, ¿qué vas a ser?, un "Oso".

—¡Sí!

—Bien, te arreglaré para que lo parezcas mejor.

—¡Sí!

—¡Pues manos a la obra!

—¿Y la plata? —De cuanto había oído, fue lo único que se grabó en su memoria.

—Eso me lo dejas a mí. Te daré para que te compres tus cigarrillos, tus frijolitos y para los tragos. ¡Ven, tomémonos unos aguardienticos! Hay que estimular al trabajador —concluyó sabihondo y malicioso.

Dando brincos, apoyando las manos en el pavimento, el "Oso" lo siguió hasta una cantina y ante su asombro, pues nunca se había apiadado de él, vio que hacía servir dos calurosos tragos de aguardiente. Luego se introdujeron entre la romería del mercado. El "Artista" se deslizaba hábilmente con sus pantalones fondilludos, caídos por el peso de los parches y de los bolsillos repletos de chucherías. Detrás, a gatas, no menos experimentado para meterse entre las piernas de la gente, como perrillo faldero, el contrahecho no perdía de vista los zapatos horadados de su socio, aún incrédulo de que pudiera ganarse unos centavos a su sombra.

Al doblar la calle 10 se detuvieron frente a una pocilga confeccionada con restos de automóviles, pedazos de tablas, láminas de zinc y cuanto era dado medrar en un arrabal de abastecimiento.

—Esta es mi casa y desde hoy la tuya.

Rescató la llave de uno de los rotos del chaleco y la introdujo con dificultad en un envejecido candado. Chirriaron las bisagras y la luz del sol apenas llevó claridad al interior. El "Oso" se apoyó en sus piernas torcidas para fisgonear la oscura habitación. De improviso lo dejó encandilado la luz de una enorme bombilla.

—Es un servicio gratuito que me presta el Municipio.

Unos cartones ocultaban la toma de corriente clandestina de los cables eléctricos que cruzaban cerca de allí.

El lisiado curioseaba los canastos, latas y cajones acumulados en muchos años de huronear, mientras el "Artista" removía los fardos de trapos viejos y rebuscaba en la montaña de cachivaches.

—¡Aquí está! —De un rincón extrajo con regocijo una cajita de madera, la abrió y sacó unas telas descoloridas.

—Este es el vestido de seda y oro que acostumbraba llevar en la India cuando asistí a la Universidad de Fakires —no entendía ni una palabra el "Oso", pero no dejaba por ello de mover su hocico y de escupir en ademán de incredulidad. Con rapidez el "Artista" despojose de sus ropas y se engalanó con los trapos de seda hasta quedar convertido en una especie de muñeco de retablo.

—Ya está lo principal: mi indumentaria. ¡Ahora falta la tuya!

Se alegró el lisiado pensando que otros retazos coloreados irían a cubrir su cuerpo raquítico, pero su patrón, sin miramientos, le ordenó:

—¡Quítate esos trapos inmundos…! ¡Ah, no comprender que lo único bello que tienes es tu cuerpo! ¡Desplúmate, desplúmate, dentro de pocos minutos serás la admiración del siglo!

Sentado, manoteándose, logró desabrocharse el único botón de su chaqueta. Inquieto por mirarle su grotesca anatomía, su acompañante le ayudó a quitarse las ropas hasta dejarlo desnudo. La deformante acción del raquitismo le había torcido el pecho, como si un tigre le hubiera arrancado medio costillar de un zarpazo. Una pelambre sucia cubría sus espaldas, y contrastando con ella, las piernas encorvadas presentaban la tersura de una superficie pulida.

—¡Espléndido! ¡Colosal! ¡Eres un acontecimiento! El "Artista" saltaba alegre en torno al corcovado.

Acarició los pelos de la giba como si se tratara de una piel de nutria y, tras de mirarlo desde todos los puntos de vista, comenzó a tomarle medidas, a imponerle posiciones y a levantarle los brazos. Apenas si el "Oso" adivinaba todo aquel ceremonial;

siempre había despertado horror y burla y he aquí que de pronto un ser humano lo llamaba con frases deslumbrantes. Movía la cabeza para contemplarse a sí mismo, hurgábase los pelos del pecho, su costado combo, y asustado, no veía otra cosa que sus mismas formas desgarbadas. Su admiración llegó al máximo cuando su amigo, poniendo a la altura de sus narices una vara, lo incitó:

—Haz un pequeño impulso y salta, apóyate en las manos. ¡Uno, dos y tres!

Pese a su esfuerzo, apenas si dio un brinco de rana que lo hizo dar en tierra con su cabezota.

—¡Estupendo! ¡Un poquito más alto y conquistarás la cumbre de la fama! ¡Repitamos!

Entornó sus ojos hacia arriba, fijos como dos bolas de cristal sobre la cara seria y a la vez comprensiva de su patrón.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Permanecía inmóvil con sus dos brazos encogidos, como perrito esperando las caricias de su amo. El "Artista" adivinó que por persuasión aquel hombre de cerebro estrecho no iría a repetir el salto que tan duro golpe le costara en las narices. Asumió la actitud amenazadora de un domador y zumbando la varilla sobre el hombro del infeliz, amenazó:

—¡Saltas o te rompo la cabeza!

Se le trabaron los dientes al idiota, bufó con rabia y hasta asomaron espumarajos en su boca. Temió por un instante que fuera a saltar como perro rabioso sobre su cuello, pero al verle asomar lágrimas en los ojos, comprendió que estaba acobardado; sus resoplidos solo denotaban sumisión y se sintió triunfador.

—¡Claro, claro! Ya veo que no te resistes. ¡Bien, brinca a las buenas! Volvió a colocar la vara, un poco más baja, a la altura de las rodillas.

—¡Uno, dos y… tres!

El jorobado logró dar el salto, suspendiéndose apenas unos centímetros del suelo, lo suficiente para que pasara la varilla por debajo de sus pies.

—¡Bien! ¡Maravilloso! ¡Ese sí fue todo un señor salto! El giboso se lamió los labios entusiasmado.

—¡Ahora sí podremos ganar plata!

Entresacó de sus chucherías un pantalón corto y con aire de protector, haciendo las veces de madre que adereza su hijo, lo adaptó a las piernas raquíticas. Después de observarlo cejijunto, preguntó meloso:

—¿Te gusta?

—¡Sí!

Manoteó el pantalón en la esperanza de que luego le agregaría lo mejor de su vestimenta.

—¡Bien!

El "Artista" se frotó las manos con satisfacción de un modisto que logra agradar a una exigente compradora. Le ató una cuerda a la cintura y triunfalmente salió con él a rastras, a través del solar, sacudiendo una pandereta. Incómodo por el frío que acosaba su desnudez y aún sin comprender las intenciones del otro, el jorobado daba saltitos, obediente a la soga. Les bastó llegar a la esquina para que los curiosos los rodearan. El "Sargento", sumándose al alboroto de "Viruta" y "Malicia", comenzó a tirar de la cuerda. Sopesando cada hecho, el "Artista" dejó que los muchachos lo acosaran, seguro de que sus travesuras atraerían al grueso público. Cuando los espectadores formaron ruedo, suspendió los golpes de pandereta y con seriedad de conferenciante anunció:

—¡Dentro de poco verán ustedes al "Hombre-Oso" en el espectáculo más extraordinario del mundo!

Epaminondas regresó con su carreta vacía y, sin otro oficio, se metió entre el corrillo que reía a costa del jorobado.

—¿Es un animal o un ser humano? —preguntó una mujer, confundida por la vellosidad que cubría sus espaldas.

—Pues claro que es un hombre, si no me equivoco, es el mismo "Osito" —respondió Epaminondas con cara de buen humor.

Al ver a su amo tan despreocupado y sin carga que cuidar, “Desprecio” husmeó el olor a sangre que lo llamaba de la carnicería. La empresa que se disponía realizar no era fácil cuando cien ojos permanecían al acecho de un hueso o de un pellejo. Pero con sus patas fuertes, bien alimentadas, los perros anémicos no osarían disputarle una presa. Sin embargo, eran muchos y los unía la solidaridad inquebrantable del hambre. Al verlo refunfuñar mostrando sus colmillos, rezongaban algo así como “ahí viene un regordete a sueldo del hombre”. Presuntuoso, “Desprecio” se escurrió por debajo de las mesas y se detuvo en la puerta de una venta de carne. No había nadie en el interior y su vista se fijó en el pellejo que goteaba sangre. Penetró resuelto, y ya regresaba con la presa hacia la calle, cuando el carnicero, plantándosele en la mitad del camino, con ágil golpe le hundió el cuchillo en el pecho. Ahogado en su propia hemorragia, el arma clavada, huyó por entre la gente, sembrando sus pasos con sangre y aullidos. Atrás, persiguiéndolo, lo siguió de cerca el carnicero en atropellada carrera. Todavía con el cuchillo en el pecho, “Desprecio” alcanzó a llegar hasta los pies de Epaminondas, la lengua negra, agitando su mocho en inequívocos síntomas de muerte. Sin pensarlo, empujado por una fuerza instintiva, el carretero le sacó el acero y con él en la mano prorrumpió colérico:

—¿Quién fue el malparido que hirió a mi perro?

De allí donde terminaba el camino de sangre, otro hombre se le venía encima con su propio cuchillo. Apenas tuvo tiempo para evitar el golpe, escudándose detrás de unos bultos. La algarabía de los curiosos se regó como llamarada. Epaminondas, cada vez más enfurecido, perseguía al pequeño carnicero, que, perdida una pantufla, buscaba dónde refugiarse de la muerte. Nadie detenía al criminal en potencia, dejándolo solo con su cuchillo y con su resolución de asesinato.

—¡Me mata! ¡Me mata! ¡Policía! ¡Policía!

La alharaca anunciaba el crimen, lo sazonaba de comentarios, lo esperaba irremisiblemente. Resbaló el pequeño, los pelos de punta, sudorosa la frente, y sobre él, enloquecido, el carretero descargó el puño. Quiso repetirlo porque sintió que había hecho impacto contra el suelo, pero torcida la hoja del cuchillo, se frustró el segundo intento, dando tiempo a que por fin un policial le detuviera el brazo. Entonces el chiquito vociferó, dio muestras de soberbia y hasta de gigante. Epaminondas le miró con asco.

En el charco de sangre, moviendo la cola, los ojos lívidos observando el círculo de extraños, “Desprecio” esperaba el regreso de su amo. El carretero sintió deseos de acariciar por primera vez en su vida;

sus labios, que no sabían de palabras cariñosas, pronunciaron algo así como un mimo:

—¡"Desprecio", mi perrito!

El carnicero en medio de los gendarmes que lo protegían manoteaba, maldecía y eran cortas sus palabras para justificar su crimen. Epaminondas no tenía ojos para él. Los últimos momentos de su perro eran su vida, sus oídos, su boca, sus manos. El animal movió su cola con aquel gesto canino que el hombre no ha podido descifrar y se quedó con los ojos abiertos.

—¡Mi perrito! ¡Mi perrito!

De ahí se levantó sordo, ciego, sin voluntad. Su mente solo tamizaba obsesionante idea de la venganza.

III

El pórtico de la iglesia de Santa Inés condujo al "Profeta" a una atmósfera cargada de incienso que petrificaba las imágenes. Con andar pausado, reteniendo el tufo aguardentoso, se postró de rodillas detrás de la beata. Tornó los ojos hacia el altar en simulada meditación. Con los brazos extendidos en cruz, la vieja sostenía en ambas manos pesados Evangelios. El "Profeta" se dio a la tarea de escrutar con minuciosidad a su alrededor. Muy cerca, un infeliz gemía besando el suelo. Más allá, disgregados por los rincones y en las bancas, uno que otro anacoreta se esforzaba en olvidar su hambre por el milagro de la oración. Volvió de nuevo a concentrar su atención sobre la beata que tenía cerca, hasta descubrir el crucifijo de oro macizo que colgaba de su brazo. Disimuló sus pasos de rodillas. El silencio de la iglesia era alterado solo por el retumbar del tranvía o el pregón del vendedor de periódicos apostado en la esquina.

Aquellos ruidos le satisfacían. Dejó de mesarse la barba larga y chamuscada por el tabaco. Ya sus dedos tocaban el crucifijo de oro, cuando un ruido metálico le hizo recoger la mano y volver sus ojos a la caja de las limosnas, donde alguien depositaba varias monedas. Balbuceó algunos nombres bíblicos y, sin interrumpir la devota plegaria de la beata en penitencia, desprendió con un cortafrío el crucifijo. Pronto los garfios de su mano lo hicieron desaparecer bajo sus ropas y con igual religiosidad, persignándose y doblegándose frente a la imagen de santa Inés, se deslizó por detrás de las columnas. A su paso por la caja de las limosnas se oyó un leve tintineo, solo perceptible para sus oídos. Allá frente al altar la vieja soltó los evangelios y comenzó a profanar con escandalosa blasfemia.

—¡Me han robado! ¡Ladrón! ¡Policía!

El "Profeta" aligeró los pasos, entreverándose en la abigarrada multitud que tenía su olor, que se cubría con harapos iguales a los suyos. No huía, miraba displicentemente las galerías del mercado por donde se aglomeraban los bultos de frutas. Sacó de sus bolsillos un sonoro puñado y comprobó lo que sus oídos ya habían presentido: varias monedas de cincuenta centavos. Compró un racimo de uvas, pagando sin el regateo habitual, y con parsimonia, como fraile que atravesara el jardín de su parroquia, sano de alma y

de cuerpo, se fue acercando a la chichería. Desde el umbral observó de reojo la gigantesca entrada de la iglesia y a la beata que hacía muecas a unos polizontes. Escupió algunas semillitas de uvas, sopesando bajo sus ropas el crucifijo, y tranquilamente se entró a la taberna ansioso de emborracharse.

—¡Que Dios me perdone!

—¡Tarde te vas a arrepentir! —rio Tomasa, la obesa ventera que no se había dejado aniquilar por sus años de dura lucha. Al verla esgrimir el punzón con que sacaba las presas del caldero, el "Profeta" recordó la estampa del diablo en los infiernos que le tenían prometido. Se apesadumbró un poco, pero solo hasta cuando volvió a manosear el crucifijo de oro. Por aquella prenda le darían muchos pesos que facilitarían su tránsito por la vida.

—¡En el cielo se arreglarán las cuentas!

—¡En el infierno, querrás decir!

—Entonces, sírveme otra totuma de chicha, pues creo que allá no la vendan.

La barriga de Tomasa se conmovió hostigada por la risa, pero los gritos del poeta Tamayo, por quien sentía incontenible atracción, le cerraron la boca.

—En el callejón hay un caso abominable que debe ser denunciado por nuestro periódico: ¡una madre comercia con el sexo de su hija adolescente!

La voz le temblaba como si las palabras le quemaran los labios.

—¿Y quién te ha contado eso? —replicó "Mamatoco" desde el fondo de la chichería, donde alimentaba con pezuñas de cerdo sus cuajadas espaldas de boxeador. También le fibrilaban los labios, pero no de indignación, sino por el aguardiente que sofocaba su exuberante anatomía de negro.

—¡Nadie me lo ha dicho! ¡Acabo de verlo con mis propios ojos!

Malhumorado, el poeta recogió las hojas de papel de la mesa, con tanta precipitud que algunas rodaron a las aguas sucias de la calle.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó "Mamatoco", recogiéndolas—. Has emporcado el material de la próxima edición de *La Voz del Pueblo*.

Tamayo no se inmutó al ver las hojas revueltas en el charco.

—¿Qué importan esas acusaciones a las ratas politiqueras? ¿Para qué continuar diciendo que el Gobernador es un asesino? ¿Qué ganaremos con afirmar que la policía es una guarida de salteadores? Desde ahora *La Voz del Pueblo* denunciará la prostitución del capitalismo. ¡Las madres que lanzan sus hijas al lenocinio son apenas las víctimas de los ricos que les imponen su dictadura de hambre!

El "Artista", que se llenaba los carrillos con bocados de papa en un rincón de la fonda, cerró los ojos en señal de incredulidad. Se le oyó una risita de chivo. Era su crítica mordaz al discurso.

—Quiero ver ese negocio, guíame —"Mamatoco" terminó de roer los últimos huesecillos. Adelantó sus pasos de gigante y con sus fuertes puños se abrió camino entre la gente que pugnaba por avanzar en todas direcciones. Incrustado dentro de sí mismo, el poeta lo seguía inquieto, como si le hubieran rozado la piel con ortigas. Al llegar a la callejuela aledaña, se detuvo en la esquina y dijo al amigo:

—Allí, baja por esa escalera rota. Te espero, me deprime ver ese espectáculo.

"Mamatoco" prosiguió solo, balanceándose de un lado a otro, costumbre adquirida en el ring. Llegó al callejón por donde se hundía la escalera hacia lo hondo del sótano. Miró a la esquina. El poeta dejó de tirar rabiosamente de sus barbas para incitarlo con señas a que entrara. No se decidía. Un oculto reproche lo hacía avergonzarse de que se le tomara por uno de tantos que llegaban ahí en busca de placer. Hasta él mismo se extrañó de aquellos remilgos, pues, ¿qué cosas no había hecho en su vida? Observó de nuevo al poeta Tamayo y encontró explicación a sus vacilaciones. Desde que se le uniera para editar el

periódico, había notado que muchas cosas cambiaban en su vida. Su amigo era de hábitos morigerados y su conducta lo influía sin que hasta ese momento lo hubiera advertido. Escrutó los alrededores a ver si alguien lo miraba entrar por aquel callejón y cuando ya se decidía a hacerlo, creyendo que no era observado, descubrió en lo alto del hotel a Laboriel que se arreglaba la corbata. Lo conocía, habían nacido en un mismo pueblecito de la costa. "¿Qué pensará de mí si me ve entrar por este callejón?". En la esquina Tamayo gesticulaba, quería cuanto antes que su compañero, que diligenciaba el dinero del periódico, pidiendo aquí y allá, tomara conciencia de los oprobios de la sociedad. Cierto que "Mamatoco" llevaba en su cuerpo abundantes cicatrices que le había tatuado esa corrupción. Eso quería el poeta, que descubriera el porqué de sus propias magulladuras, que naciera en él la necesidad de apoyar la revolución social. "Mamatoco" le había dicho:

—En el periódico escribirás de todo, menos tu socialismo. Sabes que soy liberal.

Pero barruntaba que sus pasos por aquel callejón darían un nuevo sentido a su vida. Por primera vez descendería al subfondo del vicio con criterio diferente a las tantas veces en que se hundió en él. "¡Qué me importa que ese estudiantico me vea en-

trar si es por el bienestar de todos! Cuando vea el artículo en mi periódico, pues llevará mi firma aunque lo escriba el poeta", dirá: "Mira la obra que está haciendo mi paisano". Con este razonamiento tuvo ánimo para bajar por la escalera destartalada. Avanzó por el callejón entre paredones. Frente a una puerta semidestruida, la niña que apenas enderezaba sus caderas con los primeros brotes de la adolescencia, le sonrió, empegostados los labios de cosméticos. Todavía ignoraba la ciencia de atraer a los hombres y sus ojitos claros relampagueaban como niño que prepara una travesura.

—¡Ven, acércate! —Una sonrisa dejó ver su dentadura firme.

"Mamatoco" permaneció irresoluto. Su pasado de boxeador que le brindara las mujeres más extrañas en los prostíbulos jamás le había puesto frente a tan difícil dilema. ¿Qué haría su corpazo con esa muñeca que lo invitaba sin fiebre al juego del amor? Le dieron ganas de correr. Pero… ¿qué excusa daría a su amigo? Era necesario llegar hasta el fin. Trató de mover sus pies y pudo comprobar que avanzaba. La niña había dejado la puerta entreabierta y la débil luz de una vela espabilaba en el interior.

—¡Entra, mijo!

Se estremeció como si recibiera el golpe de un contendor en la mandíbula. "¿Mijo?" ¿A qué clase de

mujeres oyó ese diminutivo? Su memoria evocó a las más expertas rameras que habían puesto sus manos sabias en su piel sensitiva. Miró alrededor para ver si alguien lo espiaba. En el largo y húmedo sótano solo transitaba el frío invisible. Tuvo que agacharse para cruzar el estrecho marco. En una cama pequeña lo esperaba la niña de ojos claros; el pollerín rojo, subido más allá de sus rodillas, mostraba sus muslos todavía sin sazonar. Los pasos del periodista sonaron estrepitosamente en la bodega que hacía de habitación. Tanteó con sus manos la fortaleza de la cama.

—No te preocupes, ha aguantado a otros más pesados que tú.

Los ojos enrojecidos del negro bailaron de un lado para el otro, temerosos hasta de su propia sombra. El cuerpo ahumado de un crucifijo se apoyaba contra la pared, iluminado por un cabo de vela. Las sombras ocultaban el extremo opuesto del cuarto, pero algo se alcanzaba a ver tirado sobre el suelo. "Unos trapos". La cama amenazó con derrumbarse. La niña, a su espalda, se había levantado las ropas hasta mostrar el ombligo. Una tosecita seca, sin fuerza, surgió del fondo. Quiso indagar, pero la pequeña, obedeciendo la orden que le indicaba la tos, urgió al instante:

—Bueno, pague.

—¿Cuánto es?

—Un peso.

—¿Un peso?

—¿Le parece caro?

—No…

—Entonces entrégueselo a mi mamá.

De la penumbra del rincón brotó una mano flaca y arrugada. Le entregó el billete. Entonces se incorporó una mujer, los ojos hundidos, brillantes al reflejo de la vela. Prendida del seno otra criatura se enroscaba en su pecho. A la luz de la esperma el espectro humano comprobó la calidad del billete y volvió a rebujarse, sin que su hijo lloriqueara. Al momento una tos convulsionó aquel entrenudo, haciendo vibrar la atmósfera sofocante de la bodega. El periodista ya no pudo resistir más y se dirigió precipitadamente a la puerta, buscando oxígeno a su opresión. Al salir echó una mirada hacia el lecho y pudo comprobar que la niña se había desnudado del todo y lo esperaba con una sonrisa de ángel inocente.

Antes de que el amigo le contara cuanto había visto, el poeta Tamayo, al verlo acercarse conturbado, le gritó:

—¡Mira!, aquí tienes otro cuadro horripilante. Da náuseas verse rodeado de tanta podredumbre.

Pero claro, los ricos no se dan cuenta de su obra retirándose a vivir en sus palacios.

"Mamatoco" observó el grupo de muchachos que acompañaba a la "Garrapata", conduciendo a una perra del extremo de una cuerda.

—Paseémosla por el mercado y cuando los perros la sigan cargaremos con ellos a la Facultad de Medicina.

La ingenua mente de "Malicia" no comprendió la intención de la lisiada. "Viruta", pese a su calidad de jefe de la pandilla, tampoco encontró la razón para que los perros fueran a seguirlos mansamente. Solo el "Sargento", contaminado con la viciosa promiscuidad de los cuarteles, la mente siempre despierta a las desviaciones sexuales, comprendió con toda claridad la propuesta de la "Garrapata" y, viendo que sus compañeros se habían quedado perplejos, explicó gozoso:

—¡Claro, la perra está en celo!

Un perrito blanco, todo temblor, se acercó al grupo y receloso husmeó a la perra.

—¡Ya ven! —rio la "Garrapata", retorciéndose de alegría sobre los hombros de la hermanita.

Por un instante el poeta reparó en la unidad que hacían el par de muchachas. La jorobada, como una planta parásita, a fuerza de estrujarle los ojos, de

halarle las orejas o de sangrarle la encía con sus manos en garras, dominaba de tal modo la voluntad de la menor, que le había privado del uso de la palabra. La mirada de esta, su expresión, su sentir y su pensar quedaban anulados por la lisiada que compensaba la inercia de su cuerpo atrofiado con el fuego despierto de su cerebro. En el grupo no contaba para nada la mente de la chiquilla, agobiada por su destino de bestia de carga.

La idea feliz de la perra en celo comenzaba a dar sus resultados. Bastó un paseo por entre la carnicería para que muchos perros hambrientos, sarnosos y descarnados, se largaran detrás de la perrilla con ladridos, saltos y rechinar de colmillos. A medida que se acercaban a la Facultad de Medicina, muchos otros se unían al cortejo. Los estudiantes hicieron coro a la nota bochornosa de los chiquillos, ayudándolos a cerrar las puertas una vez que la jauría penetró al interior del patio. Como dueña de un rebaño de ovejas, la "Garrapata" reclamó el pago por cada cabeza perruna que había quedado encerrada. Entre gritos y carreras, los estudiantes se dieron a la tarea de cazarlos a lazos. Ya los habían capturado todos y se disponían a enjaular también a la perra atada, cuando la "Garrapata" advirtió:

—Esta no se vende, es la carnada.

Laboriel dejó la ventana de la Biblioteca, a donde se asomó atraído por los gritos de sus compañeros. Abrió nuevamente el voluminoso texto de obstetricia. Estaba obsesionado por el examen que debía presentar al día siguiente y eran muchas las tesis que ni siquiera había mirado.

—¡Ya son las doce! —La vocecita chillona de la bibliotecaria pareció hundirse en el viejo abrigo negro con el que la habían visto varias generaciones de estudiantes.

Laboriel esperó a que el último compañero abandonara la Biblioteca, aprovechando un poco más de lectura, pero, sobre todo, para convencer a solas a la empleada.

—Señorita, yo sé que no es permitido por el reglamento, pero présteme el libro mientras vuelve a abrir la Biblioteca. Hágalo por amor a Dios.

Brincaron los ojitos saltones de la bibliotecaria detrás de los lentes como si le hubieran propuesto un delito.

—¡No! ¡Eso nunca! Veinticinco años tengo de ser bibliotecaria y no he dejado sacar de aquí un libro ni a mis propios sobrinos.

En la invocación a los sobrinos, a falta de hijos, podía adivinarse que la solterona, amargada por la espera inútil de un marido, no podía comprender la ansiedad de un ruego.

—¡Déjeme encerrado con el libro!

Titubeó al no poder asirse al reglamento, ni a sus veinticinco años de bibliotecaria para refutar aquella propuesta. Cerró los ojos, humedeciendo la garganta en rictus de vencimiento, pero se sobrepuso con jesuítica conmiseración:

—Lo siento, joven, pero no puedo.

Entregó el libro sin más reclamo, en cinco años de estudio la había visto todos los días; siempre la acompañó gentilmente a bajar las escaleras cuando terminaba sus labores; le oyó con paciencia todas sus quejas por un amor que nunca calentó su corazón y comprendía que aquella mujer, anhelante de caricias masculinas, no cedería a sus ruegos, pero tampoco él iría a manosear sus senos escurridos.

Sus pasos resonaron por los vacíos corredores de la Facultad hasta salir a la calle 10. Siempre que cruzaba el portal de la Facultad y se enfrentaba al tumulto de la calle, sentía la impresión de descender a los abismos. Todos sus sueños de médico, de pulcro profesor y de brillantes triunfos que le inspiraban los retratos de los maestros en las paredes de la Biblioteca huían ante los grupos de rameras invitándolo a la concupiscencia. Aun cuando había vivido varios años entre sus tugurios, nunca se acostumbró a mirarlas. Con sus libretas de apunte bajo el brazo, cruzó

ante ellas huidizo y tímido a sus invitaciones. Dobló la esquina y siguió hasta la puerta de su hospedaje. La tablilla se bamboleaba: "Hotel Democracia". Entró cabizbajo, pensando en su examen, pero un rebuzno lo sacó de su abstracción. Otra vez los huéspedes habían introducido sus burros al zaguán del hotel. La dueña se precipitó a decirles:

—¡Cuidado, aparten esos animales para que pase el doctor!

El estudiante hizo una reverencia a su patrona, todo lo arqueada que pudo, y se deslizó entre los asnos y la pared. La patrona sabía agradecer aquellos modales a su inquilino, no solo endilgándole el título de "doctor" con mucha prosopopeya, sino esperando pacientemente a que le cancelara el pago de la pensión con habitual irregularidad. Subió casi a oscuras por la estrecha escalera, saltando por la fuerza de la costumbre el escalón derruido que había en el centro. Silbando recorrió el estrecho corredor que separaba los tabiques de los cuartuchos, detrás de los cuales podían verse las cabezas de los huéspedes. En el fondo empujó la puerta de su alcoba.

—¡Ah, llegó usted, doctor! —La criada se había acordado esa mañana de asearle la pieza.

—Hoy he regresado temprano —acercósele con el firme propósito de abrazarla.

—¡Siempre usted con sus cosas! Bueno, no lo estorbo —y escapándose de sus brazos, salió precipitadamente.

—Nunca me estorbas, nena, mira…

La muchacha cerró la puerta, mostrando una risita que no quería expresar nada. "¡Cómo es de simple y buena moza!". Se quitó el sombrero y se asomó a la ventana que la criada había dejado abierta. Desde lo alto pudo ver el apretado montón de gentes en torno al "Artista" que, fusta en la mano, gritaba:

—¡Un salto! ¡Un salto!

Empinose el "Oso" y con gran esfuerzo brincó por encima de la vara.

—¡Ya lo ven! ¡Pero eso no es nada! ¡Gracias es verlo danzar al son de la pandereta y la flauta! —Por un instante dejó su perorata para enfrentarse al grupo de muchachos que atosigaban al lisiado jalándole los largos pelos de la corcova.

—¡Retírense! ¡Dejen que este miserable se gane el dinero honradamente! —Y con la misma vara con que amedrentaba al "Oso", zurró las nalgas de "Viruta" que encabezaba el sainete.

—¡Den campo al "Hombre-Oso" y los divertirá!

Con rara obediencia el "Sargento" y "Viruta" se cruzaron de brazos, pero listos a proseguir la jugarreta de un momento a otro.

—¡He aquí, señoras y señores, un caso de prodigio! —volvió a exclamar el "Artista" en tono oratorio—. Este pobre ser a quien la parálisis infantil dejó tullido hasta llevarlo casi al sepulcro, debido a su gran espíritu, espíritu divino, pues toda alma humana es chispa de Dios, comenzó a sobreponerse a su dolorosa tragedia, porque han de saber ustedes que el "Hombre-Oso" es huérfano de padre y madre desde antes de nacer…

La risotada general ahogó la voz del "Artista", quien muy paciente y con evidente júbilo esperó a que cesara la hilaridad para agregar:

—Sí, como lo oyen ustedes, huerfanito de madre y padre desde antes de nacer, pues su madre nunca supo quién había sido el padre de su hijo y el hijo no conoció a la madre, pues ella murió antes de dar a luz este mísero engendro. Los médicos tuvieron que sacárselo de la matriz a jalones. ¡Miren su cara! ¡Miren su cuerpo! ¿No se apiadan ustedes de este pobre "animal", digo, hombre, que a pesar de sus infortunios ha sabido aprender un arte honrado para ganarse la vida y no convertirse en uno de esos parásitos que andan por ahí pidiendo limosna?

Los rostros de los concurrentes se arrugaron con la melodramática presentación que hacían del jorobado. Hasta la "Garrapata" pareció consternarse, fijando insistentemente sus ojos sobre el "Oso". El

"Artista" medía el influjo de su elocuencia sobre los espectadores para lanzar el golpe maestro:

—Ahora verán cómo, a pesar de que sus piernas están retorcidas, de que sus manos apenas se mueven, es capaz de danzar al compás de la pandereta y la flauta, gracias, claro está, a la paciencia y tenacidad que este servidor de ustedes tuvo durante veinte años para hacer de un monstruo inservible, un hombre útil a la sociedad, un trabajador infatigable como ustedes mismos pueden apreciarlo con sus propios ojos.

Tronaron algunos aplausos; el homenajeado se quitó el sombrero y, halándose el fondillo, recibió con sabia ironía el reconocimiento a sus desvelos. Creyó llegado el momento y con voz dulzona advirtió:

—Pero antes de que el "Hombre-Oso" se disponga a demostrarles a ustedes sus conocimientos de bailarín, espero se sirvan contribuir no con una limosna, pues el "Hombre-Oso" trabajará para ustedes, los divertirá con su arte, sino con el valor que tiene todo trabajo y el oficio de danzarín es más honesto que el de pordiosero.

Sin dar tiempo a las reflexiones, se quitó con rapidez el sombrero y lo pasó frente a las gentes que cada vez más se apretujaban curiosas.

—¡Cinco, diez, cincuenta centavos, lo que ustedes quieran, pero den de comer a este desgraciado!

Sus gritos suplicantes y la mirada triste del "Oso" influyeron sobre algunos concurrentes que comenzaron a dejar caer monedas en el sombrero. Los de atrás las arrojaban al suelo y el jorobado, al verlas rodar, daba saltitos detrás de ellas, pero antes de que pudiera pillarlas, la soga le aprisionaba la cintura. Con todo, persistía en agarrarlas y su patrón, para disimular el esfuerzo que hacía para impedírselo, tenía que gritar a voz en cuello:

—Bien, bien, así se expresa la caridad pública, el espíritu cristiano y la misericordia social. ¡Dentro de breves instantes verán ustedes danzar al "Hombre-Oso"!

Enojado porque no le dejaba recoger las monedas, corría en círculo como plantígrado, gruñendo y mostrando sus colmillos. La gente reía entre asustada y alegre, temerosa que saltara sobre su domador o arremetiera contra ellos.

—¡Ya lo ven! ¡No es un ser racional! —Se embolsillaba las monedas que seguían cayendo al suelo—. Tengan cuidado, que en la India se tragó un niño de un solo bocado. Ahora verán cómo se transforma con la música. Es lo único que lo hace calmar.

Después de recoger hasta el último centavo del suelo y cuando nadie más hizo intento de alargar la mano, se dispuso a tocar la flauta con desinflada melodía. Al compás de la música, el "Oso" empezó a brincar, sacando

la lengua y moviendo la cabeza de un lado para el otro. El público reía y aplaudía las muecas de aquella pareja. De súbito el "Artista" dejó de tocar la flauta al ver que "Mamatoco" y el poeta Tamayo se acercaban vendiendo su periódico. Con la destreza que le caracterizaba para amoldarse a todas las situaciones dijo con voz doctoral:

—Aquí vienen nuestros defensores. ¡He aquí al gran "Mamatoco" que denuncia desde su periódico todos los atropellos de que somos objeto los de abajo. Unos aplausos para él y para el poeta Tamayo que sabe inspirarse en nuestra miseria!

Movidos por aquella oratoria inesperada, se oyeron algunos vivas.

—¡Véndame un periódico! —alardeó—. ¡Hay que ayudar a la prensa revolucionaria! ¡Aquí se canta la verdad desnuda! ¡En estas páginas valientes se publica todo lo que callan los oligarcas!

Hubo revuelo por adquirir los periódicos. El poeta los sacaba del abrigo en donde los escondía, mientras "Mamatoco" era rodeado por el grueso del público que admiraba su rostro negro, sus espaldas anchas y, sobre todo, porque se decía su defensor. El "Artista" leyó en voz alta el editorial: "Al pueblo no le queda otra salida que enfrentarse a sus opresores. Hasta cuándo va a permitir que los enriquecidos a su costa le marquen el camino de la miseria con la fusta de la demagogia…".

Inesperadamente varios policías irrumpieron con sus bolillos, propinando golpes sobre cabezas y espaldas. Algunos de los espectadores se dieron a la huida, pero pronto los detuvo el grito poderoso de “Mamatoco”:

—¡Abajo la opresión! ¡Muera el mal gobierno! ¡Resistid a estos miserables verdugos!

No solo se contuvieron los admiradores del “Artista”, sino que otros rostros sucios se sumaron a la baraúnda, secundando los puños que inesperadamente repartía el exboxeador sobre los polizontes. Dos de ellos cayeron al suelo con el rostro magullado y a las claras se veía que los tres restantes eran impotentes para sujetar al musculado atleta. A los puñetazos se sumaron los tomates y las patatas que las mujeres arrojaban desde los rincones. Los policías tuvieron que batirse en retirada, pidiendo auxilio con sus silbatos. “Mamatoco” y el poeta aprovecharon aquella oportunidad para refugiarse en la chichería. En la puerta encontraron a Tomasa que, con su punzón en las manos, agitaba los brazos y las palabras:

—¡Acabaremos con ellos! ¡La policía no podrá impedir que protestemos!

—¡Así es! ¡Somos muchos! ¡Tenemos mucha hambre!

—¡Entren, escóndanse en el fondo!

—¡Fue grande la trifulca, pero hemos vendido todos los periódicos! —al negro lo desbordaba el regocijo.

—Todo esto conviene. El pueblo despierta —aclaró el poeta, mientras Tomasa, inquieta y enamorada, comenzó a alisarle los cabellos y a limpiar el jugo de los tomates que manchaba su abrigo.

El "Sargento" entró con disimulo y advirtió a la ventera:

—Ha llegado un pelotón de policía y buscan a los periodistas.

—¡De aquí no los sacarán! ¡Nadie entrará por esta puerta sin que le chuce la barriga!

Más de una docena de policías armados de rifles se paseaban entre los mercaderes que no habían podido volver a su tranquilidad. Con las culatas disolvían los grupos, ordenando inquietos:

—¡Circulen! ¡Circulen!

El oficial que los dirigía, apretando nerviosamente sus guantes, los urgía con mandatos:

—Busquen a los oradores. Hay que acabar con esos miserables agitadores del orden público.

A la entrada del mercado un grupo de mujeres, las lenguas sueltas, no cesaban de lanzar frases hirientes, azuzadas por el ejemplo de la "Capitana":

—¡Viva la libertad! ¡Abajo los mierdas!

Los alguaciles las miraban con recelo, sin atreverse a disolverlas. Adivinaban que detrás de sus espaldas había pertrecho abundante de tomates y huevos contra los cuales nada podrían las culatas de sus fusiles.

—¡Ayer no más se morían de hambre y hoy atropellan a sus madres!

Hondo regocijo produjo la frase de la "Capitana" entre las verduleras.

—Aquí debajo de nuestras enaguas están escondidos.

El oficial las contemplaba indignado, haciendo todo lo posible por contenerse.

—Vayan y díganle al Gobernador que el hambre no se acalla con balas.

Tomasa se unió al círculo de hombres raídos, que en el fondo de la chichería se agrupaban para escuchar la palabra del poeta.

—La revolución no es cosa de dame un fusil y empuja allá; hay que aprender a realizarla: ¡leer libros, calcular nuestra fuerza, señalar el objetivo!

Epaminondas dejó de masticar el chicharrón que tanto le agradaba y miró al poeta como si oyera al Mesías.

"Mamatoco" escuchaba con recelo. En el rincón cercano, frente al humeante plato de fríjoles, el "Ar-

tista" contaba sus dineros, olvidado del zafarrancho que había provocado, displicente a los comentarios del poeta. Estaba enojadísimo con el "Oso" y, después de guardar la plata en sus bolsillos, comenzó a regañarlo como padre a hijo:

—¡Cuidado vuelves a recoger las monedas que me tiren al suelo! ¿Acaso crees que las dan por tu linda cara? Todo cuanto yo digo acerca de tu trabajo es pura mentira. Vives de mí, comes de mí. Tú no eres más que un parásito. Tanto gritar para proporcionarte la comida y todavía quieres robarme…

IV

“Ya es de noche y Chava no llega”. Se intranquilizaba al ver esfumarse las horas de amor que había proyectado con la sirvienta que tan enamorada estaba de su uniforme. Volvió a mirar a lo largo de la calle 10. Allá lejos se aproximaba una mujer. “¡Es ella!” No le censuró nada, bastante feliz se sentía de tener aquel cuerpo inquieto entre sus brazos. Olvidados de que habían convenido asistir a un cine, el uno en brazos del otro, se acercaron a la puerta del hotelucho más cercano. No hubo rubores, ni frases superfluas. Chava recogió el pedazo de jabón y la toalla desflecada que le brindó el viejo portero y toda tímida obedeció cuando le dijo:

—¡Ándese, vaya y abra usted misma el cuarto! ¿Acaso quiere que lo haga yo o el señor?

Sumisa, se dirigió al fondo de la hilera de cuartos enfilados a derecha e izquierda. Abrió el candado y empujó la puerta. La luz de la bombilla eléctrica

iluminó un camastro y su cobija mugrosa. Rengifo se cercioró si había agua, dándose por bien servido al percibir un jarrón rebosante.

—No hay donde guindar la ropa.

La frase satisfizo mucho al policía, pues había estado pensando en la forma de convencerla para que se desnudara.

La presencia de la mujer en aquel cuarto estrecho avivó en Rengifo el deseo de hacer confidencias. Pensó en los días de hambre, de miseria y en sus instintos contenidos desde su mocedad, desde mucho antes. Apenas recordaba su permanencia en el ejército como el único episodio agradable de su existencia. No hubiera pedido nunca su baja si el Gobierno no lo confina en las selvas, donde las fiebres estuvieron a punto de llevarlo a la sepultura. Pero el hambre de la ciudad era tan terrible o más que el paludismo. Desde que vistió de nuevo de civil, su estómago se arrugó como bolsa de papel mojado. Sus ropas exigieron muda nueva y su cuerpo cama donde dormir. Inútilmente solicitaba trabajo en fábricas y oficinas. Entonces vino la proposición del amigo, escueta y rampante:

—Un puesto de policía si te haces gobiernista.

Había aceptado en contra de sus escrúpulos. Desde entonces sintió necesidad imperiosa de confesarlo a alguien, y de repente, en aquel cuarto tan

reducido como un calabozo, al lado del cuerpo semitibio de Chava, había comenzado a hablar:

—Me avergüenza llevar este uniforme de policía. Me imagino que todo el mundo me mira mal.

—No me parece nada malo. ¿Por qué? —Para ella era lo más atractivo que tenía.

—Es muy sencillo. Hay mucha miseria. El pueblo no puede resistir más hambre. Entonces aumentan la policía para no dejarlo protestar. Es una vaina que siendo uno pobre se preste para este negocio.

—Cualquiera deja esas pendejadas por un bocado de comida —Chava insistía en amansar su inquietud.

—No, mija, yo siento algo…

Los cuerpos se apretaron angustiosamente.

—¿Sabes? —jadeó Rengifo—, quiero que te vengas a vivir conmigo. Puedo pagar un cuartito y comprarte algunos muebles.

Al sentir el fuerte mordisco sobre su hombro se quejó como un niño. Después quisieron dormir pero el traqueteo de las camas vecinas y el ruido de la electrola en la cantina de enfrente les impidió conciliar el sueño.

Muy cerca de la electrola, tirada en el rincón de la calle donde acostumbraban pasar la noche, Teolinda espiaba los pasos de su Parmenio que se

había quedado mudo, los brazos amarrados sobre el pecho como si aún estrechara la cabeza de Gabriel. La angustiaba la excitación de su marido, caminando de uno a otro extremo de la manzana. A esa misma hora, su hijo decapitado yacería en algún rincón sin velas ni oraciones, como si no tuviera a nadie en el mundo que llorara su muerte.

Ruperta, sin haber cumplido todavía los trece años, había tenido que apersonarse de la tragedia de la familia. Sus hermanitos gemelos lloraban solicitando alimento; su madre sentía fuertes dolores en el vientre que anunciaban la inminencia del parto, y su padre, acosado por la desesperación, se abstraía de la realidad, más agresiva que nunca.

—Deme unos centavos, que no he comido hoy —se había entrado resueltamente entre los borrachos que gesticulaban con la música escandalosa de la electrola, pero los bailadores no ponían atención a sus demandas. Siguió hasta el fondo, moviendo sus caderas con los primeros temblores de la pubertad. Detúvose ante un viejo de barba rala y orejas puntiagudas. Sus ojos somnolientos se agrandaron al ver a Ruperta, pisando graciosamente con sus talones desnudos.

—Deme unos centavos, que no he comido hoy —su voz era demasiado madura para ser infantil. El "Sátiro" batió los ripios de su ruana como un ala,

cubriéndose medio rostro para ocultar los dientes carcomidos y los ojitos inflamados de lujuria. Metió la mano en su bolsillo y sacó una moneda de veinte centavos.

—¡Cómo no, mijita, con mucho gusto! —Y estiró la mano hasta alcanzar el pecho de la muchacha.

Todo fue rápido, Ruperta se arqueó para agarrar la moneda y al momento un agudo dolor en su seno la estremeció con rara sacudida.

—¡Ven, linda, ven y te doy más!

El viejo temblaba al verla escapar por entre los bailadores. Con la moneda en la mano pensó comprar algo de comer a los "Pulgas". Entró a la chichería de Tomasa, pero allí sintió fuerte impulso por mirarse el seno y se escondió en los orinales. Cuando estuvo segura que nadie la espiaba, se desnudó los hombros y al acariciarse el pezón herido, extrañada de sí misma, comprobó que el calor que la encendía no era consecuencia del pellizco.

Al salir a la calle, la encandilaron los faros de un automóvil, obligándola a taparse los ojos. Echó a correr por delante del vehículo, mostrando al saltar la contorneada raíz de sus piernas. El estudiante, obsesionado, insistió en seguirla. Al verla llegar al grupo de sus familiares frenó y apagó las luces para no mirar el cuadro de los pordioseros. Su lujoso automóvil

despertaba curiosidad entre las rameras asomadas a las puertas de los hoteluchos. A muy poca distancia de la esquina se detuvo frente a un corrillo de ellas, que al parecer comentaban su presencia. Encendió la luz, pero al instante debió apagarla. Se acercaba un conocido. Sí, era su condiscípulo Laboriel; esa misma mañana había estado hablándole de los peligros de la sífilis durante la clase de Venereología. ¿Qué iría a pensar de él, hijo de una de las más respetables familias de la ciudad, si llegaba a reconocerlo en aquel sitio a esas horas de la noche? Ya estaba ahí, miraba su automóvil, el número de la placa… "¡Qué susto, Dios mío, casi me reconoce!" "¡Esto lo tengo merecido por venir a buscar a estas mujeres inmundas!". Tomó la resolución de alejarse de aquel lugar…

¿Sería verdad lo que le decían sus compañeros sobre la mujer? A veces lo dudaba. Apenas sabía que… Nada. Era un miserable. Las sirvientas. Pero si las sirvientas huían de él llamándolo respetuosamente "señorito", ese título que tanto le indignaba. En balde les daba dinero. Maldito el día en que trató de seducir a Cecilia, la aya de su hermano menor. Casi que lo descubre su tía. ¿Qué habría sucedido si lo hubiera visto? Su tía tan celosa del buen nombre de la familia… Luego las prostitutas decentes. Mejor era no pensar en ellas. Solo querían dinero, whisky,

whisky con soda, que nunca las privaba del juicio para no entregarse totalmente. No, lo que sus amigos le contaban de la mujer era falso. “¡Ahí va!” Por fin había visto a la “Pecosa” que esa mañana, cuando bajaba a la Facultad de Medicina, atrajo su atención. Un poco fea, pero buena de cuerpo. No importaba que estuviera sucia. ¿Y la sífilis? La llevaría al aposento de su amigo y la haría bañar con agua caliente… Allí tenía la llave. ¡Qué buen amigo, se había ido a dormir a otra parte para facilitarle su aventura! Ahora era un policía quien se acercaba. Desde hacía tiempo observaba su automóvil. Hasta se había atrevido a alumbrarle la placa: C-28473. La muchacha jugaba en la esquina con las otras compañeras. El policía pasó a su lado tocando con su bolillo la parte trasera del automóvil. Hundió el acelerador y suavemente se acercó al grupo de mujeres. Sonó el pito y una de ellas se le acercó sin impudicias.

—¿Se quiere ir conmigo esta noche?

“¡Ah, ya me conocen, de seguro que me vieron la otra vez. Esta ciudad tan pequeña!”

—No, quiero hablar con esa… la del clavel.

—¡Oye, “Pecosa”, te quiere a ti!

—Dile que cuánto paga.

—¡Cuanto quieras! ¡Acércate pronto, no te hagas la dama!

—¡Voy por un momento, si quiere!

—¡Que vengas! ¡Que vengas!

La muchacha se despidió del grupo coqueteando con gran desenvoltura.

—¡Sube rápido, sube!

—¿Por qué tanto apuro?

—Bueno, señorita, como usted quiera.

—¡Señorita! ¡Ja, ja! —escandalizaron en la esquina.

El coche arrancó veloz, dejando una estela de humo y olor a gasolina.

—¿A dónde me lleva?

—A mi aposento, señorita. Seremos felices.

—¿Está seguro?

—Claro, yo sé tratar a las mujeres. Ninguna se ha quejado de mi bondad y hasta me han querido.

Rápidamente el automóvil dejó atrás la calle 10 y siguió rumbo a los barrios residenciales. Las calles tomaban un aspecto fantástico vistas a través de los cristales del automóvil. La "Pecosa" jamás las había mirado desde el interior de un coche y, a pesar del temor que le producía aquella cita, se maravillaba de lo hermoso que se veían las luces y los árboles. Los faroles de los carros que venían detrás se reflejaban en el espejo delantero y la encandilaban. Frente a ella un tablero de lucecitas y números como gusanos luminosos.

—¿Quieres música, linda?

“Menos mal que ha comenzado a tutearme”. Dejó escapar un “sí” sin aire, sin calor. La música inundó todos los rincones del automóvil. “Los ricos tienen cosas que una ni se las imagina”. De pronto le asaltó un temor. “¿Por qué este hombre que tiene tanto dinero, que puede sostener a más de una mujer decente, va en busca de nosotras al Mercado?”. A lo mejor era como los que había visto en las películas, de los que poseían a las mujeres para luego asesinarlas. Pero no, esto no era un hombre sino un niño. Un señorito. Se tranquilizó un poco.

—¿Cuándo llegamos?

—Ya, ya, señorita.

“Maldita sea, comenzó el señoriteo otra vez”. El carro se detuvo bruscamente y la frenada la impulsó contra el cristal. Dio un grito y se levantó azorada.

—¿Qué pasa?

—Nada linda, quería que notaras qué buen chofer soy.

Le había tomado rabia. Eso era lo que sentía por él desde que lo vio aparecer con su automóvil lujoso en la calle 10, pero entonces no se lo pudo explicar. Sí, rabia por su cortesía, por su lindura, por su limpieza. Ese era un hombre distinto a ella. Estaría un momento, cobraría caro, unos cinco pesos, y se regresaría a echarles el cuento a sus amigas.

—Baja, querida, hemos llegado.

Se acercó para abrirle la puerta. Saltó fuera, cubriéndose el rostro con su pañolón negro. Él bajó los vidrios y luego, con mucha ceremonia, la introdujo por un largo jardín. Era una mansión grande, con muchas ventanas y puertas. Tuvo la impresión de estar en una casa de inquilinato, pero no podía cerciorarse de si era así, pues jamás estuvo en un lugar semejante. Un perro ladró a lo lejos en el interior de la casa.

—No te preocupes, es Lulú.

Llegaron frente a la entrada iluminada. Buscaba la llave, no sabía dónde la había guardado. "La he perdido". Después de tantas dificultades vencidas, en el preciso momento en que había conseguido una mujer que se le entregaría totalmente, perdía la llave. Lulú continuaba ladrando.

—¡Aquí está!

La "Pecosa" apenas la miró. Quería terminar pronto aquel negocio. Lo único que le interesaba eran los cinco pesos. ¿Qué tenía que ver ella con la llave? El aposento era de color amarillo. En la parte central había una mesa con un montón de objetos extraños. Se tenía que caminar en una alfombra de algodón. Apoyó sus alpargatas con miedo sobre aquella tela y sintió como si pisara la piel de un perro.

—Está en su casa, señorita. Puede actuar con toda confianza.

Le atemorizaban los objetos raros y desconocidos. De pronto sonó música, el señorito la cargaba en sus manos como un vaso de agua. ¿Qué era aquello tan maravilloso?

—Dime, linda, ¿qué estación quieres que te sintonice?

“Es un radio”. Se tranquilizó por el objeto, pero no por su incómoda situación en aquella casa lujosa.

—¡Bueno, vamos pronto!

—Espera un momento, querida, voy a preparar un coctel.

—¿Eso qué es? No. Yo no tomo esas porquerías. Además tengo que irme. Me espera mi esposo.

—¿Qué?

“¿Tendrá esposo?” “No me lo había imaginado”. “¡Vaya la gracia!” Se precipitó a proponer:

—Bueno, bueno, pero no podemos… sin antes entusiasmarnos.

—Ni lo piense usted. Vamos al grano.

—No, linda, ven, mira qué cama más hermosa te he preparado. Acércate…

Había jurado que no se movería de ahí. Pero la invitación le produjo curiosidad de conocer la “hermosa cama” y avanzó detrás del estudiante. En la re-

cámara había un lecho cubierto por un edredón con flores estampadas. Después de sentarse en la cama, se movió para que ella observara su elasticidad. No salía de su asombro y, un poco tranquilizada por aquella escena, se asomó al baño.

—Así me gusta, debes darte una ducha de agua caliente.

—¡Cómo! ¡No voy a mojarme ni la punta de los dedos!

Quedó anonadado. Había estado seguro que se bañaría, que se despojaría de sus ropas sucias y, sin remilgos, se le entregaría totalmente.

—Ya está bueno de pendejadas. Venga pronto y terminemos el negocio.

No se bañaría, lo adivinaba en la cara de horror que había puesto con solo insinuárselo. Todo el tratado de Patología Sexual se le vino a la mente; la conferencia del profesor de Sifilografía esa misma mañana; los casos de degeneración que les había mostrado. ¿Qué diría su familia si llegara a ser un sifilítico? No tenía el menor deseo de unirse a esa mujer en esas condiciones. Le entregaría los pesos que le exigiera y se libraría de una terrible enfermedad.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Sabes la vaina o tengo que enseñarte?

Se sintió ofendido por la insinuación y cacareó:

—¡Te demostraré que soy un hombre!

Todavía sin aligerar la respiración, la "Pecosa" saltó de la cama y urgió con tono imperativo:

—¡Págueme pronto!

Obedeció. Ya sin la máscara del deseo, pudo apreciar el mal olor y la fealdad de la ramera. Para que saliera pronto le entregó varios billetes y cerró tras ella la puerta con rudo golpe. A la luz de un farol la prostituta contó hasta quince pesos y, al acomodarse en el último puesto del tranvía, estuvo arrepentida de no haberse bañado. Seguramente aquel idiota le habría pagado mucho más. La campana del vehículo la hizo reparar en el edificio gris de la Plaza de Mercado. Ya se había puesto de nuevo en movimiento el tranvía cuando se arrojó a la calle. Una amplia sonrisa inundaba su rostro al unirse a las amigas.

—¡Vamos a tomarnos unos tragos de aguardiente!

No encontraba en qué gastar el puñado de billetes que había recibido, pero, sobre todo, ardía en deseos de contarles cuanto había visto y sentido en casa del señorito. Entraron a la chichería, donde con gran alborotó comenzaron a festejar cuanto les contaba la "Pecosa".

—¡Se van a callar o no les vendo más nada! —gritó Tomasa—. ¿No ven que estorban a los periodistas?

Las prostitutas dirigieron su vista hacia el rincón. El poeta Tamayo escribía sobre un block de papel cuanto su afiebrada mente de socialista le inspiraba en el fondo del tugurio. "Mamatoco" seguía los movimientos de la pluma en la mano engarrotada de su amigo. Sabía que de su letra deforme y grande brotaban frases terribles contra los encopetados. Ya no le importaba que su redactor deslizara sus ideas en los editoriales, porque su periódico, que con justeza podía llamarse ahora *La Voz del Pueblo*, había alcanzado inusitada popularidad entre los lectores. En los cafés, en las esquinas, en los corrillos de la plaza, en todas partes lo felicitaban por sus denuncias y se rumoraba que hasta el Gobierno temblaba frente a él.

—Quiero leerte lo escrito para ver si le das tu aprobación.

—Ya te he dicho que escribas lo que quieras, que yo firmo. Pero léeme eso; me gusta cuando pones una admiración.

El poeta leyó con énfasis:

—"El pueblo no solo acusará a los culpables, sino que tomará justicia por sus propias manos. ¡Miserables, ustedes no conocen la ira vindicatoria de las masas populares!"

—¡Eso está bien!

El exboxeador se relamió los labios resecos. La atmósfera de la chichería impregnaba con su pestilente olor las palabras, los rincones y el aire. En un caldero de manteca humeante, Tomasa fritaba unos trozos de carne.

—Deme una morcilla.

La vieja haraposa se arrebujó en su pañolón sucio.

—¡Toma y vete de aquí, ladrona!

Siempre hablaba en tono regañón, a veces con demasiada agresividad, pero tenía un fondo de gran mansedumbre.

—¿A dónde vas, sinvergüenza? —El tono de su voz detuvo en la mitad del camino al limosnero que intentó acercarse a la mesa de los periodistas.

Ponía desmedido celo en evitar que se les interrumpiese. Pero las moscas, los perros y hasta los mismos comensales vecinos tenían franquicia para importunarlos con su presencia o con sus gritos. Era imposible aislar la mesa de redacción del hollín, el sebo y la algazara de los clientes que con varias totumas de chicha en el vientre, peleaban y discutían como guacamayas.

—¡Escribe! ¡Escribe!

"Mamatoco" urgía al ver que el poeta intentaba dejar el lápiz, incomodado por la escandalosa atmósfera de la chichería.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Tamayo—, esta labor de escribano me entumece los dedos. ¡Cuándo será el día que tengamos una máquina de escribir!

—¡Eso mismo se pregunta el cajista!

El negro rememoró la cara del tipógrafo que no se cansaba de censurar los manuscritos del amigo. El *delirium tremens* de los enchichados hacía intolerable toda redacción y el poeta gritó exasperado:

—¡Ya reviento! ¡Que vengan esas pezuñas de cerdo y las cervezas!

Esa frase indicaba el cese de su labor de escritor. Tomasa acudió a atender a sus privilegiados. Pese a que había mucho tráfago —era la hora en que los perros y los mendigos se apilonaban en torno a las sobras de las ollas— se sentó a que le comentaran los progresos del periódico.

—Habla tú a Tomasa —aconsejó "Mamatoco"—, yo me llevo los artículos para la imprenta.

Después de empinarse un trago doble de aguardiente, arrebujado en su viejo abrigo, dejó atrás la risa de la ventera congestionada por las caricias del poeta. Sus pasos comenzaron a resonar entre los bultos tumbados sobre el pavimento de la Plaza como adormilados paquidermos. Preocupado por el frío, no advirtió las sombras que lo seguían.

V

El temor de ser reprobado en el examen le hizo sentir más frío del que realmente se filtraba por los vidrios rotos. La falta de libros lo había obligado a acostarse, cuando a esas horas sus ricos condiscípulos, rodeados de abundantes textos médicos, estudiarían hasta el amanecer. Todas las posturas eran igualmente incómodas, hacia la pared, frente al techo o contra la ventana. Por los rincones creía ver las amonestadoras miradas de sus profesores. Abandonó el lecho y por detrás de los cristales contempló largo rato las estrellas con el mismo asombro de cuando era un niño campesino. Abajo, en la esquina, los borrachos y las rameras. A dos metros frente a él, a través de la callejuela, se iluminó un cuartucho y apareció el cuerpo semidesnudo de una mujer abrazada por un hombre. La luz se apagó tan rápidamente como se había encendido. Por un instante pudo contener la plétora de los instintos que desde los rincones

oscuros de su cuerpo lo empujaban hacia la calle. Minutos después, tras de evitar todo ruido en la casa de huéspedes, estaba plantado en la esquina. Quiso devolverse, ligera sospecha había dejado en su mente la luz encendida en la pieza de la criada. "¿Y si no está sola?". Lo probable era que la patrona estuviera allí a su lado. Los pasos lo condujeron involuntariamente hacia lo alto de la calle. Dejó de pensar en los profesores de Obstetricia, la sirvienta y en toda forma de mujer; sus ojos seguían la danza de su propia sombra, que se alargaba inmensamente o se empequeñecía hasta esfumarse, para luego, al cruzar una esquina, reaparecer a su lado silenciosa y fiel. Se orientó y, en efecto, estaba frente a la cantina por donde, desde su cuarto, había visto entrar y salir en grupos a las rameras. Detrás de unos billares se bailaba y se bebía escandalosamente. La música de la radiola electrizaba el mal olor del burdel. Se hundió hasta el fondo. Soldados y policías alternaban con las mujeres. Algunos paisanos rondaban con timidez a su alrededor o, vigorizados por totumas de chicha, se atrevían a solicitar las parejas a los uniformados, poniéndose con ellas a dar saltitos al son de la música. Las mujeres con las faldas cortas y envueltas en pañolones negros arrastraban sus alpargatas de fique. Laboriel las hubiera tomado por sirvientas en plan

de diversión, de no reconocer todos sus rostros. Eran sus vecinas, las mismas caras que tantas veces lo invitaban impudorosas.

Muchas, más preocupadas por el dinero que por el baile, paseaban sus cuerpos deformes en barata oferta. Algunas comenzaron a cuchichear en el fondo y a dirigir sus risas y miradas sobre él. Se imaginó cuánto estarían pensando. Sin embargo, no se atrevieron a acercársele. Todo aquello era horrible; se respiraba un hedor nauseabundo, incapaz de atraer a una persona medianamente culta y, no obstante, él estaba allí. "¿Por qué no tengo fuerzas para huir?". De lo hondo de su cerebro brotó la réplica inconcebible: había sido arrastrado por fuerzas superiores a su voluntad, a su razón, y debía cumplir sus propósitos. Con gusto o sin él, enterraría allí todo el calor de su sangre. "Es una fuerza cósmica, el influjo de las estrellas o el temor a mis profesores…".

—¿Quieres tomar algo? —propuso a Rosita, sentándose a su lado.

—No bebo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué le importa eso a usted?

La miró intranquilo. Tendría quince años y su cara hermosa resaltaba en aquel prostíbulo. La juzgó víctima de comerciantes inescrupulosos. Tuvo deseos

de aconsejarla, sugerirle que huyera con él a una vida honrada. ¿Qué pensaría si le propusiera semejante invitación? Retuvo sus impulsos de regenerador, aun cuando lo exasperaban los agresivos senos de la moza.

Volvió a recriminarse su falta de fuerzas para escapar. Miró a los policías y soldados que estrechaban ardorosos sus parejas. Muy cerca, alguien se quejaba:

—¡Mi perrito lo mató ese maldito carnicero!

—¡Tómese otra cerveza, tío, y olvídese de ese animal!

Epaminondas prorrumpió en llanto, menos por la chicha ingerida que por la muerte de "Desprecio".

—¡Mi perrito me quería mucho, sobrino! ¡Era lo único que tenía en el mundo!

El soldado trató de levantarle la cabeza hundida entre los brazos.

—Usted no está solo en el mundo, tío. ¿Por qué no regresa al pueblo?

—Estoy solo, sobrino, ya no me queda nadie. Tú tuviste que huir de allá como hice yo hace muchos años…

—No, tío, yo regresaré otra vez. A mí me arrancaron a la fuerza. Estuve huyendo entre el monte junto con otros muchachos para que no nos trajeran al cuartel, pero nos capturaron. Cuando termine el servicio militar regresaré otra vez al pueblo. ¿Nos vamos juntos?

—¡Mi pobre perrito, me lamía las manos, me cuidaba la carga! ¡Yo no sé qué voy a hacer sin mi "Desprecio"!

El sobrino lo miró con angustia. Mucho oyó hablar a su madre del tío Epaminondas que se había ido a la capital sin que desde entonces hubiera sabido de él. "Búscalo, hijo, él te podrá ayudar allá", le dijo ella cuando lo fue a despedir al tren. Lo habían rapado y llevaba el uniforme de recluta como el resto del contingente de campesinos que lo acompañaba. Al mirar el rostro de su tío, humedecido por el llanto, pensó en el de su madre el día que lo despidiera. Se parecían mucho, sobre todo cuando lloraban. Como el tío insistiera en esconder la cara contra el pecho, indiferente a la bebida, lo dejó tranquilo para tomarse otra botella de cerveza. Después miró a su alrededor. Los demás soldados, sus compañeros, bailaban alegremente, besando los rostros pintarrajeados de las prostitutas. Tuvo ganas de imitarlos, pero no sabía bailar. Golpeó fuertemente la mesa y clamó desesperado:

—¡Carajo! ¡Más cerveza! ¡Tío, tío, déjese de llorar a ese maldito perro y tome para que se olvide! ¿Quién fue el mierda que se lo mató?

—¡Mi perrito, tenía el rabo mocho y por la mañana me llamaba cuando era hora de ir al mercado! ¡Te juro, sobrino, que a ese carnicero lo mato yo!

—¡Tío, busquémoslo ahora, le aseguro que este yatagán* se lo hundo en la barriga!

—Vamos, sobrino, ya es hora de que esté en la carnicería. Lo haremos picadillo entre los dos.

—¡Así me gusta, carajo, mi mamá me decía que usted era un verraco!

Laboriel los vio levantarse, bamboleándose, el uno apoyado en el otro. Tuvo ganas de seguirlos para impedir el crimen que proyectaban, pero las piernas desnudas de Rosita le despertaron el deseo de estrujarla con la misma fuerza con que los soldados apretaban a sus parejas. No, él no podía ser igual a ellos. Debía enamorarla antes de comprar sus caricias. Se le acercó de nuevo y con voz tímida la invitó ceremoniosamente:

—¿Quieres bailar?

El cuerpo de la muchacha respiraba madura pubertad. Se decidió por una propuesta definitiva:

—Quiero acompañarte a tu pieza…

—¿Cuánto pagas?

Encendió un cigarrillo arrugado que sacó de su seno.

---

* Yataganazo: Herida causada con un yatagán; yatagán: m. Bayoneta, arma blanca complemento del fusil de reglamento (Di Filippo, Mario Alario, *Lexicón de colombianismos*, Bogotá, Banco de la República, 1983).

—No hablemos de eso ahora, después.

—¡Ah, es preciso que me pague antes, estoy escarmentada de los honorables como usted!

—Yo soy diferente. Te pagaré bien.

—No me fío de palabras. Si fuera distinto no estaría en este lugar: el bar nos empareja a todos. Aquí se es sinvergüenza desde el momento en que se entra.

Las palabras le hirieron monstruosamente. La prostituta, sin proponérselo, le había recriminado la insensatez de sus pasos. Comprendió que en ese momento él, un estudiante de medicina de último año, era igual a cualquiera de los hombres que estaban allí haciendo ostentación de vulgaridad. Pero el argumento de Rosita no hizo sino soliviantar su ánimo, porque algo de eso buscaba. Quería hundirse en el más bajo goce donde su conciencia se olvidara de su vida de estudiante, de su pobreza, de su examen de Obstetricia…

Metió los dedos en la relojera y encontró arrugado el último billete que le restaba de lo que constituía su ración mensual de alimento. El mes promediaba y tan solo le quedaban aquellos centavos. No quiso detenerse a regatear un precio justo. ¿Qué precio podía ser razonable en esas circunstancias? La joven apretó el arrugado billete con una sonrisa complaciente y tomándolo de la mano lo arrastró al interior del prostíbulo. Atravesaron el pa-

tio encharcado de orines y una escalera retorcida los condujo al cuartucho.

Laboriel se puso a observar el interior de las paredes, adornadas con fotos de actrices pegadas a discos de grafófonos. No era la primera vez que las veía. Por el hueco de la ventana su vista cruzó el espacio de la callejuela y fue a dar con los vidrios rotos de su habitación. Gotas de sudor rodaron por sus espaldas. Estaba en la misma pieza donde momentos antes había visto la mujer semidesnuda y al hombre que la abrazaba. ¿Sería la misma? No estaba seguro, pues en el breve instante en que se iluminó la alcoba, el varón le cubría el rostro. Pero ¿qué importaba aquello? Rosita apagó la luz y en la oscuridad sintió puntos de fuego en todo su cuerpo. Súbitamente fue sacudido por una impresión desagradable. Allí, a pocos pasos de él, comenzó a llorar un niño. Un temblor desconocido entrecortó su respiración. Pensó en la maternidad, en la Obstetricia, en sus profesores inflexibles, en el puerperio. Rosita adivinó su inquietud y con cínica carcajada se burló de sus temores.

—No tengas miedo, es mi niñita. Acércate, me gustas tú…

—¿Tienes hija?

—Sí, pero es una inocente, apenas tiene diez días de nacida…

No pudo contenerse, algo había despertado en su cerebro. Se vistió apresuradamente y, sin decir palabra, bajó las escaleras perseguido por Rosita, deseosa de retenerlo.

—¡Eres un marica! ¡Toma, no quiero tu plata!

En la calle alimentó sus pulmones con honda bocanada de aire. Una tos seca y persistente, como la que había oído esa mañana en el hospital, le hizo recordar al niño muerto de meningitis tuberculosa. Se detuvo un momento y observó el bulto que tosía a la entrada de la iglesia. Quiso interrogar, prestar sus servicios médicos, pero el desagrado por lo que acababa de experimentar lo alejó rápidamente.

El "Pelúo" comprendió que su Froilán se moriría también. Estaban de espaldas al mundo de los vivos, al de la misericordia humana. Se sorprendió que hubiera llegado al portalón de la iglesia con su hijo a cuestas. Ignoraba por qué lo había hecho, cuando nunca, desde que merodeara por la Plaza de Mercado, se le ocurrió arrimarse a sus muros. Era pura casualidad, buscaba refugio allí con su hijo moribundo como lo hubiera hecho en cualquier otra puerta de la calle 10. "¿Y si santa Inés me hace el milagro de salvarlo?"

—¡Froilán, mi hijo!

El pequeño entreabrió los párpados y él imaginó que deseaba sonreírle con la mueca de sus labios.

Desde por la tarde había tenido convulsiones, tan feas, que él mismo, inalterable ante todo, tuvo miedo y un poco de rabia. Cuando cesaron, se quedó envarado. Creyó que mejoraba pues la fiebre descendía. Lo abrazó bajo la ruana, se tiró de rodillas al suelo y una oración olvidada, surgida de los más viejos recuerdos, floreció en sus labios:

—¡Sálvalo, Virgencita! ¡Sálvalo!

Se había abstraído, no sentía el frío de la noche, ni el calor de su hijo. Su espíritu entró en comunión con Dios, con santa Inés y todos los santos del Cielo. Jamás se había sentido tan lleno de fervor religioso. Ni cuando hiciera la Primera Comunión allá en la iglesita de su pueblo. No había aprendido a leer ni a escribir, pero sí a rezar. Ahora le servía de mucho poder hacerlo. Su hijo se salvaría. No sabía cuánto tiempo estuvo hundido en su plegaria. Una hora, dos, tres… Froilán tosía, con tos seca, como perro atragantado con un hueso. Nervioso le desarropó la cara. Temía que estuviera agonizando. No, solo tosía, tosía secamente, sus mejillas habían recobrado su color, el milagro se realizaba. Se incorporó para acercarse a la luz del café. Apenas podía caminar, sus miembros estaban entumecidos. Nadie transitaba por la calle, todos huían del frío. Por detrás de los cristales de la vidriera pudo ver que

solo dos policías y una mesera insistían en tomar cerveza a esas horas. Al resplandor claro de la lámpara eléctrica observó el rostro lívido, moribundo de su Froilán. La Virgen, como la "gente", tampoco había escuchado sus ruegos. La electrola giraba y giraba su disco:

Que también se van al cielo todos los negritos buenos…

La música no dejaba dormir a la cajera que pretendía hacerlo sobre la registradora. Su hijo seguía curvado, los ojos en blanco. Lo sacudía sin que se moviera, ni lo atosigara la tos. Tuvo miedo de que hubiera muerto. Se lo quedó mirando fijamente, esa cara torcida y esos ojos blancos le recordaban a su difunta mujer. ¡Sí, estaba muerto!

Que también se van al cielo todos los negritos buenos…

—¡No te despellejarán!

Con el cadáver contra el pecho comenzó a andar. Al punto un hombre se le acercó, persiguiéndolo, como si quisiera incrustarse en su costado. Creyó que era un policía deseoso de arrebatarle a su hijo.

Ni siquiera se atrevió a mirar su cara. Era el asesino de “Desprecio”. Caminaba receloso. A esa hora Epaminondas solía salir con su carreta y su traqueteo le hizo acelerar el paso. Muy cerca estaba la carnicería, donde otros tantos compañeros podían aliviarlo con su presencia. Creía encontrar a Epaminondas en el ángulo de cada puerta, en el filo de cada esquina. Debajo de la ruana su cuchillo filudo se pegaba contra el pecho, listo a hundirse en el cuerpo de su enemigo. Aceleró todavía más los pasos, casi corría, huyendo del mulo, cuyos cascos resonaban en sus oídos como los de toda una cabalgata al galope. Las campanas de la iglesia de Santa Inés le advirtieron que había madrugado muy temprano. El tráfico de las reses cercenadas no había empezado aún en la carnicería.

Los perros se peleaban el charco de sangre del cadáver de un hombre, que hundía su cara en las aguas negras de la acera. Temió reconocer su propio cadáver, asesinado por Epaminondas. Se detuvo irresoluto para observarlo. No le era del todo desconocido. Sí, era la corpulencia inconfundible de “Mamatoco”. “¡Lo han asesinado!”. La pregunta le saltó espontánea a los labios: “¿Por qué?”. El día anterior le había comprado un número de *La Voz del Pueblo* y se alegró de que se dijera tanta verdad en sus páginas.

Había hasta pensado que podían ponerlo preso por sus artículos. Pero he aquí que lo encontraba muerto. “Han preferido asesinarlo”.

Huyó al oír los pasos de Parmenio que absorto recorría una y mil veces, como un centinela, el pórtico de la cantina. “Si me ha visto dirá que yo lo asesiné”. Procuró no dejarse ver de él, pero al doblar la esquina se tropezó con Ruperta, que en medio de unos sacos de cebolla recogía un clavel del suelo.

—¿Qué haces aquí?

Hubiera querido no decirle nada para que no reparara en él. La muchacha sin responderle lo miró alejarse. Con la flor en las manos, sopló el fango que salpicaba los pétalos, quebró el tallo con sus dientes y buscó el cristal de una vitrina para prendérselo en sus cabellos rubios. Sonreía llena de coquetería cuando detrás del vidrio, en medio de unos grandes quesos, se asomaron dos orejas puntiagudas. Un rubor recorrió todo su cuerpo e instantáneamente volvió el rostro hacia atrás sin encontrar al “Sátiro”. De nuevo asomó su cara asustada al cristal de la vitrina y ahí estaba, guiñándole un ojo. Su memoria evocó lo sucedido con aquellos ojos y algo raro le cosquilleó su seno. “¿Por qué no podrá darme otros centavos más?”. Y ensayó su coquetería. Por el mostrador se asomó una mano ofreciéndole un pedazo de queso.

Ruperta no supo qué hacer, le habría gustado huir, perderse de su vista. El queso le recordó que su madre tenía hambre. Sonrió.

—Toma, mijita, todo es para ti.

No bien había recibido el queso, cuando la invitaban a entrar al interior de la venta. Muy pocas personas transitaban a esas horas. Los bultos esperaban la mañana para abrir sus mercaderías. Entró entre confiada y temerosa. "¿Cómo arrancar unas monedas a este viejo para dar de comer a mi madre?". Su cabecita burbujeaba en medio de tantos quesos. Una rata que rozó sus pies la hizo gritar y buscar los brazos del viejo.

—¡No tengas miedo, chiquita! —La aquietó, manoseándole los senos.

—Soy una tonta, mire que asustarme por una rata.

—Me gusta que seas valiente —apretola aún más.

Trató de zafarse de aquel nudo, pero se quedó quieta viendo los ojillos brillantes que la miraban fijamente. Sofocándola, el brazo caliente del viejo recorría su cuerpo; sus manos que apretaban… No tenía aliento para resistir. Una taza de café rodó al suelo con su contenido, pero el viejo no se inmutó, estrechándola con más fuerza. Un dolor agudo allí en su seno. La cabezota se le incrustaba en su cara, mordía sus labios. Poco a poco la tumbaba hasta tenderla

sobre el entablado por donde había corrido la rata. Quiso gritar, cerrar sus piernas, herir aquella boca que la lamía, pero no tuvo voluntad. La cabeza le zumbaba. Alguien llamó; al rato se retiraba diciendo:

—Volveré por los quesos.

Reconoció la voz del celador. "¿Qué habría dicho si me hubiera visto aquí tendida en la trastienda bajo este viejo?". "¿Se lo habría contado a mi padre?". "¿Es malo cuanto me hace?". Su cabecita se nublaba cada vez más hasta producirle vértigo.

—Toma y vete pronto, ya es hora de abrir. Te espero mañana.

La voz del hombre temblaba, como el corazoncito de ella, como todo su cuerpo dolido. Se levantó con rapidez, escondió en su seno el billete y corrió a lo largo de la galería. Al pasar junto al basurero, encontró a los "Pulgas" entre los mendigos que pululaban en torno a la gran pirámide de tomates, papas y plátanos podridos, esperanzados en encontrar algo que aún destilara miel o conservara alguna parte sana.

—¡Boten eso!

Los pequeños se asombraron, jamás les había prohibido alimentarse. El queso que les ofreció calmó su perplejidad y glotones llevaron las migajas a la boca.

—¡Vengan, ahora les doy más!

La "Pecosa" creyó que los "Pulgas" tenían aquel extraño olor que cosquilleaba sus narices. Por dos veces se las sacudió con el pañuelito humedecido en perfume barato, pero otras tantas, aquel aroma le hería con suavidad. El recuerdo del estudiante rogándole que se bañara la hizo sonreír. Sacó de la carterita los billetes nuevos y, efectivamente, tenían el mismo perfume. Hizo gesto de desagrado y se acercó a la tienda de la "Capitana". Frente a ella, sin conseguirlo, intentó deletrear en voz alta las letras de la tablilla.

—"La libertad", ¡carajo! ¿No sabes leer?

—Sí sé, pero quien pintó esos garabatos no conocía ni jota de escritura.

—¿Cómo?

—Lo digo yo. No sabe ni papa, yo podría enseñarle.

—¡Maldita sea! ¿Esta puta a darme lecciones a mí?

—¡Puta pero de ricos que me pagan con billetes como estos, en cambio tú te vendes a cualquier indio asqueroso por unos centavos miserables!

Aquello era demasiada ofensa. La "Capitana" se abalanzó con sus arrobas de músculos y grasa sobre el diminuto cuerpo de la "Pecosa". Sin inmutarse, esta se sostuvo sobre los talones ligeramente separados, suelta la punta de la puñaleta. Repiquetearon las voces, giraron los brazos, pero antes de que el tropel

tomara cuerpo, ya la sangre brotaba salpicando de rojo vivo los cereales y los vestidos.

—¡Me cortó el brazo, la puta!

La ventera se contenía la sangre en fuente, sin hallar a la "Pecosa" que huyó veloz por detrás de los bultos.

Olvidada de que momentos antes había roto una arteria, fijó su atención en el abrigo de pieles de una mujer elegante que paseaba por los andenes. Aquella dama le hubiera sido indiferente dos días atrás, pero desde que visitara el apartamiento del estudiante, el lujo atraía su atención. Extraño impulso la empujaba detrás de la piel de zorro plateado y de los zapatos tejidos con hebras de oro y plata. Estaba decidida a escamoteárselo, cuando se le perdió entre el tumulto.

La gente corría y se apilonaba a un lado de la calle, disputándose por ver a "Mamatoco" en su lecho de muerte. Veintiséis puñaladas habían vaciado su sangre. Muy serios, como buitres recelosos, tres policías vigilaban el cadáver. Eran impotentes ante la peregrinación de los habitantes de la calle 10. Las verduleras, olvidadas de sus bultos, comenzaron a elevar la plegaria de sus insultos:

—¡Malditos sean los asesinos!

—¡Como no podían matar a todo el pueblo, han cortado su lengua!

Los policías se afanaban por romper el cerco humano cada vez más numeroso, cada vez más amenazante.

—¡Circulen! ¡Circulen!

Pero aquella masa, aunque circulaba, permanecía presente, agrandándose en torno al charco de sangre. Alguien le había levantado el rostro y los ojos del periodista parecían lanzar tremenda acusación. Un policía le cubrió la cara.

—¡No se la tapen! ¡Dejen que mire a su pueblo! —alegó una mujer, intimidando a los policías, a cada momento más acobardados. Una ola conmovió el cuerpo gigantesco de la muchedumbre. Venía de lo alto de la calle, se acercaba convulsa, rugía a gritos:

—¡Viva *La Voz del Pueblo*! ¡Abajo los asesinos!

Los policías temblaban, se sabían débiles frente a las revueltas cabezas.

—¡Viva el poeta Tamayo!

—¡Viva el defensor de los oprimidos!

El poeta caminaba con dificultad, atropellado por sus admiradores. El pesado abrigo negro lo destacaba en medio de los brazos, cabezas y gritos que lo rodeaban obstinadamente. Los ojos enrojecidos testimoniaban que había trasnochado en el cuartucho de la fritanguera de donde lo sacó la noticia tremenda. Al llegar frente al cadáver de su amigo, trató de

echársele encima, pero las bayonetas de los gendarmes lo contuvieron. Se quedó con la boca abierta, las barbas alborotadas y la melena sobre la cara. Lentamente se sobrepuso a su espasmo, miró en derredor suyo los ojos con lágrimas, los puños cerrados, las bocas vociferantes. Alguien lo subió en hombros y, al momento, cientos de brazos le formaron un muro. La voz le brotó ronca dirigiéndose al pueblo como a un hermano de mil ojos y mil lenguas:

—Este es un crimen político. Los de arriba han querido silenciar su voz, la voz del pueblo, pero solo hacen que su grito sea más potente. Este crimen llevará su acusación más allá de la calle 10. Aquí no se ha matado un hombre, se ha herido de muerte a un pueblo…

Las sirenas de la ambulancia silenciaron sus palabras. Abriéndose paso entre la multitud, un pelotón de gendarmes descendió de ella y con las culatas de sus fusiles comenzaron a abrir un círculo en torno al charco de sangre.

—¡No nos iremos!

—¡No lo dejaremos solo un momento!

—¡Es nuestro muerto y queremos estar junto a él!

—¡Déjate de tantas alharacas! —gritó un policía a Tomasa que con su vestido tiznado se revolvía furiosa.

—¡Mueran los asesinos! —prorrumpieron en coro más allá, levantando los puños amenazantes.

—Apúrense —ordenó el teniente, pero el cadáver no pudo ser removido por dos gendarmes. Otros tantos se unieron al esfuerzo y el muerto desapareció de las miradas del pueblo por la estrecha puerta de la ambulancia.

—¡No dejaremos que se lo lleven!

—¡Quieren ocultar su crimen! —acusó el poeta.

La primera descarga de tomates abofeteó los rostros de los uniformados. Trataron de defenderse, pero de inmediato llovieron más por todas partes. Tomasa con su delantal grasiento, sin alejarse del poeta, dirigía la acción. Los huevos y las patatas se reventaban contra los policías y los cristales del vehículo. Sonaron estridentemente las sirenas mendigando el paso, pero el muro humano se les oponía. Epaminondas advirtió la situación y, castigando el mulo, fue a estrellar su carreta contra la ambulancia. Se oyó la descarga. Tomasa se quebró contra la pared. Una bala le taladró el abdomen y con la mueca del dolor, sin proferir palabra, se fue reclinando sobre la cabeza agujereada del mulo.

Al estupor del primer instante siguió la decisión de la multitud. El brazo herido de la "Capitana" arrancó el fusil a un policía y otras tantas manos

cayeron sobre los otros, desarmándolos e hiriéndolos con sus propias bayonetas.

—¡Los asesinos tratan de ocultar su crimen con nuevas víctimas! —pregonó el poeta Tamayo, intentando revivir el ya inánime cuerpo de su ventera—. ¡El plan del Gobierno es ahogar el hambre con balas, pero el pueblo sabrá ahogar al Gobierno con la sangre de sus propios crímenes!

Atropelladamente la ambulancia logró salir en retroceso, abriéndose paso por encima de los cadáveres. Tres policías quedaron tendidos en el suelo. La rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos dejaba atrás las palabras.

—¡Organicemos la defensa!

Nada se oía sobre las cabezas arremolinadas, el pueblo se exasperaba con su propia sangre.

—¡Abajo los asesinos!

—¡Viva *La Voz del Pueblo*!

—¡Yo juro solemnemente, ante vuestra ira, que el periódico continuará denunciando los crímenes del Gobierno, aun cuando me cueste la vida…

El poeta no advertía que ya se estaba gestando la insurrección.

Cosecha

VI

—¡Abajo el mal gobierno!

El grito se abrió en cientos de bocas:

—¡Muera el mal gobierno!

La ira removía los más sepultados resentimientos. Como si de improviso la rígida ley de la sociedad que mantenía oprimidos los nervios, hambrientos los estómagos, paralizados los músculos, sucios los ojos, dejara por un instante de oprimir y, sueltas las furias, tomaran rumbos imprevistos.

—¡Viva la libertad!

La "Capitana" sacó un viejo pendón rojo de entre sus cajones y lo soltó al viento.

—¡Viva la libertad, carajo!

No la escuchaban, cada hombre era un mundo en revolución y las revoluciones se entrechocaban y repelían.

—¡En la ferretería hay machetes!

En aquel trance de indecisiones, Epaminondas

se perfiló con la visión clara del cabecilla y su grito, más práctico que el de la "Capitana", fue seguido por una poderosa reacción de asentimiento. Los puños y los hombros hicieron saltar las cortinas de hierro con increíble violencia.

—¡Aquí están los machetes!

El descubrimiento del carretero atrajo los brazos y por encima de las cabezas se blandieron las rulas[*], gimiendo con voz metálica como si los puños le contagiaran su fiebre. Sobraban manos y los desarmados se maldecían a sí mismos, crispando los dedos. Nuevamente Epaminondas encauzó la ansiedad:

—¡Ármense con picos y azadones! ¡Qué nadie salga sin armas en sus manos!

Se esgrimieron palas, martillos, cinceles y punzones. El temple del acero endurecía los nervios. Pisoteado por los que corrían, olfateando aquí y allá, temiendo que la subversión del orden terminara en sangrienta represión, el "Artista" practicaba su habitual buhonería, acumulando en sus bolsillos lo que más brillaba a sus ojos.

—¡Viva el pueblo! —clamó Rengifo.

---

[2] Rula: Machete largo, recto y angosto que usan los campesinos; especie de peinilla (Di Filippo, Mario Alario, *Lexicón de colombianismos*, Bogotá, Banco de la República, 1983).

Apenas si comprendía que aquel grito era la identificación de su pensamiento con la ira popular. La voz de su propia conciencia que no había podido venderse por un sueldo. "Yo soy de acá". Luchaba contra el mudo reclamo que le hacía su uniforme. Reventó los botones para deshacerse de la guerrera y en mangas de camisa, con el fusil empuñado, siguió a los descamisados en plan de guerra.

En la gran plaza donde desembocaba la calle 10, la muchedumbre se revolvía indecisa. Flotaba la idea vaga de que se debía derruir la opresión, demoler la iniquidad, y no obstante, se arremolinaban irresolutos. Entonces aparecieron los cuerpos grises de la calle 10. La ola humana, erizada de machetes, se sumó a los amotinados de toda la ciudad. Un puñado insignificante al lado de la gran multitud, pero esa resaca de semihombres de vidas muertas, de cadáveres vivientes, se ofrecía generosa al sacrificio.

—¡Muera el Gobernador! ¡Abajo la opresión!

Epaminondas, relampagueante la rula, sobreponíase a sus harapos y a su cuerpo rechoncho. Bastó que la punta de su machete mostrara la callejuela que conducía al Palacio del Gobernador, para que la espesa marea de cabezas congestionadas le obedecieran.

Desde lo alto de una estatua, el poeta Tamayo, pegado al bronce, pretendía aconsejar:

—¡No sean suicidas, hermanos míos! ¡Detengan su ímpetu! ¡Ahorren la sangre! ¡Tracemos el plan de asalto!

Lo que nunca realizó en la paz de los días quería lograrlo en la hora del heroísmo.

—¡Ya vienen los tanques de la revolución!

Del extremo opuesto brotó la noticia sacudiendo la muchedumbre. El poeta se quedó perplejo observando las banderolas rojas y escuchando el trepidar de las máquinas. El pueblo también tenía sus tanques. Los machetes y las palas carecieron de valor. Hasta el mismo Epaminondas bajó la rula complacido por el maravilloso desfile de los carros blindados.

—¡Vivan los soldados del pueblo!

El estruendo de las palmas y los vítores acogía a los nuevos insurrectos. Se chocaban las manos, se besaban, abríanse caminos de alegría y de jubilosa fraternidad.

—¡Adelante, hermanos!

—¡Abran la brecha que los secundaremos!

Epaminondas no pudo contenerse de la emoción. Las lágrimas salpicaban sus ojos y de un salto instintivo, como si brincara sobre su carreta, se encaramó en el último de los tanques.

—¡A Palacio!

Sin orden ni plan, la turba los seguía clamorosa.

—¡Tío! ¡Tío! —llamó una voz conocida en la portezuela del tanque.

—¡Sobrino! El carretero caminó sobre la concha metálica para alcanzar la mano que le tendían. Se estrecharon con fuerte abrazo y, por vez primera en la vida, sintió que no estaba solo, que allí tenía la presencia de su propia sangre convertida en soldado triunfante.

—¡Mira, sobrino, estoy comandando toda esa gente con machetes!

El sobrino no supo qué admirar, si la tropa envalentonada y delirante, o a su tío que la capitaneaba, más heroico que en las ponderaciones que de él le hiciera su madre.

—¡Bájese, tío, vamos a llegar a Palacio y pueden atacarnos!

Antes de que le respondiera, del tanque próximo surgió la orden que lo hizo estremecer:

—¡Fuego a la chusma! ¡Fuego!

Los rostros de los soldados se oscurecieron, vacilaron, no comprendían por qué iban a disparar contra el pueblo que los aclamaba. La voz del oficial, la pistola desenfundada, se hizo oír con más autoridad:

—¡Fuego contra la chusma! ¡Fuego!

La ametralladora rubricó la orden. Los hombres impotentes apenas alcanzaron a taparse los ojos para no ver su propia muerte.

—¡Fuego! ¡Fuego!

De lo más alto del tanque, la rula al aire, Epaminondas se desplomó con la garganta desflecada.

—¡Tío! ¡Tío!

Tuvo ganas de arrojarse a recogerlo, pero sus compañeros disparaban. De más allá se oía el retumbar de la metralla. Sorprendidos contra la pared, los hombres caían como pedazos de muros desplomados. Un ruido metálico, sordo, coreaba el latido ronco de las ametralladoras: el humillante chasquido de los azadones y los machetes que, sin la mano que los sujetara, chocaban contra el pavimento.

—¡Me estoy muriendo, hermano! —balbuceó el homicida de "Desprecio", el pequeño carnicero que por vez primera se viera bañado en su propia sangre.

—Te vengaremos —le respondieron allí muy cerca de donde yacía Epaminondas.

—¡Aquí, corran, aquí! ¡Tomen este fusil que me muero!

Rosita agarró el arma y en el rostro del obrero que se apagaba alcanzó a mirar un postrer rayo de regocijo.

Desde las altas torres de las iglesias comenzaron a disparar.

—¡Nos están devolviendo las limosnas acuñadas en balas de metralla! —refunfuñó Rengifo,

agitando el fusil como caña inútil, agotadas las municiones.

—¡En la Policía hay armas y balas! —Su voz no alcanzaba a salir de su garganta, nadie le oía.

Las mujeres y los hombres indefensos parecían gozar con la muerte. Unos se escondían detrás de los muros; otros buscaban la protección de las estatuas, y, los más, apretados contra la pared de las mismas iglesias, alzaban impotentes sus tijeras y martillos.

Rengifo se dirigió por entre el hacinamiento de gritos en busca del cuartel de Policía. Arrojaría las armas a la calle y, entonces, la turbamulta que no quería escucharlo se precipitaría sobre ellas. Pero al llegar a la calle 10 comprobó que lo por él considerado secreto lo sabía todo el pueblo:

—¡Fusiles ¡Fusiles!

La masa aturdida se agolpaba frente al cuartel. Un temor a recibir las ráfagas de plomo, que ya conocían, los detenía, mas otro impulso vigoroso, el deseo de venganza, el olor a sangre de hermano derramada, los empujaba con más fuerza hacia adelante, retrancando todo sentimiento de huida. Era necesario el asalto. En el interior nada se oía, un silencio amurallaba los patios del cuartel. La "Capitana" chamuscó de cerca el orgullo de los varones:

—¡Síganme los guapos!

Y atropelladamente la secundaron.

Allí en mitad del tumulto forcejeaba el "Sargento".

Los gritos, los disparos, la sangre que manchaba algunos pechos y esa voz de la "Capitana" invitando a la hazaña tenían para él sabor de juego.

—¡Viva la revolución! —desgañitábase en su sueño de soldadito en batalla. Había perdido la gorra y su cabeza rapada le enorgullecía como mil charreteras ganadas en combate. Él sólo sabía más de la guerra que todos aquellos hombres pálidos e indecisos que jamás habían vestido uniforme, obreros sacados del taller por la violencia de la conmoción y campesinos que como única arma apenas habían blandido el machete contra la horqueta. Sí, él era un sargento de verdad y ya lo verían cuando la revolución le diera un fusil.

Bajo el techo abovedado del cuartel los gritos se hicieron más poderosos. Algo extraño sucedía en el asalto. Por ninguna parte se advertía resistencia, los revoltosos inundaban los corredores sin que un policía, ni siquiera un quepis, se asomara por parte alguna.

—¡Emboscada! —gritó alguien y los de atrás retrocedieron desbandados.

Volvió a oírse la voz de una mujer:

—¡Que huyan los maricones!

El grito los contuvo, reincorporándolos al ataque. Por fin voces detrás de una puerta y un disparo de fusil.

—¡Aquí están escondidos! ¡Adelante! —gritó Rengifo y mil puños cayeron sobre la puerta y otros mil se levantaban contra ella cuando se abrió de par en par.

—¡Armas! ¡Armas!

El batallón de gendarmes amotinados salió con los fusiles en alto. En aquella pieza Rengifo había dado muerte al único oficial que ofrecía resistencia.

—¡El arsenal está en el sótano! —anunció, sorprendido de que sus compañeros de armas pensaran como él, que se confundieran alborozados con el tumulto que los levantaba en hombros.

El parque se agotaba por momentos. Los brazos se estiraban y empuñaban las armas.

—¡Viva la revolución!

Metido por entre las piernas, rasgando algunos brazos con las uñas, el "Sargento" pudo llegar hasta la juguetería de la feria.

—¡A mí uno! ¡A mí uno!

No había quien atendiese los pedidos. Era cosa de agarrar por sí mismo y salir a la refriega, porque las leyes de la revolución habían roto las normas. Tiró de un cinturón y en el extremo rodó una ametralladora. Al verse con aquella arma se sintió con-

vertido en el más glorioso general jamás soñado por su mente de recluta. Hizo un poderoso esfuerzo y la cargó sobre su hombro. Empujado aquí y allá, dirigió sus pasos a la calle. En la puerta, sin atreverse a penetrar en el cuartel, lo esperaban sus compañeros.

—¡Tomemos el Palacio!

El "Sargento" se había convertido en jefe indiscutible de la pandilla. "Viruta" adivinaba que todavía podía asumir el mando, desautorizar el avance hacia el Palacio; argüir algún pretexto para esconder el temor que le daba la proximidad de la ametralladora, pero en aquel inesperado motín todas las rutas conducían al fuego cerrado que retumbaba en la plaza y una orden de retirada en sus labios equivaldría a revelar su miedo. Algo de esto sospechó la "Garrapata" y arremetió contra el jefe, cuya autoridad se desmoronaba:

—¡Je, je, je! ¡"Viruta" tiene miedo!

—¿Yo…?

—¡Sí, tú, mira cómo te tiemblan las piernas! No corres porque oyes tiros por todas partes. ¡Hasta te has cagado!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tiene miedo! ¡Esto no es lo mismo que matar perros! —coreó "Malicia", escondiendo en el escarnio de quien había sido su jefe el propio temor que lo sobrecogía.

—¡Dejemos a ese maricón!

El "Sargento" desesperaba por entrar en batalla. La pandilla lo siguió con timidez, recelosa del arma que veían por vez primera al alcance de sus manos. Con su ametralladora ceñida contra el pecho y su tropa acobardada, más que sargento de un ejército infantil, era la encarnación de lo inverosímil, de todo lo absurdo de esa tarde llena de sombras, rugidos y machetes. Al desembocar en la plaza, lo contuvo el silbido de las balas. Para reconfortarse a sí mismo, volvió el rostro atrás y arengó:

—¡A la batalla!

Estaba solo, uno a uno lo habían abandonado sus guerreros. "Malicia", miedoso por el estampido de los cañonazos y el invisible recorrido de las balas, añoró su pasado de niño consentido, rodeado del cariño de su madre, de los mimos y los siempre vigilantes ojos de las criadas. Trató de contener las lágrimas. Y no había visto el rostro descosido de los muertos, los montoncillos de carnes abiertas que comenzaban a cimentar la gran matanza.

—¡Adelante los machos!

Llevaba el fusil al hombro. Había dejado en su camastro de ramera a la hija recién nacida y los que ayer compraban sus caricias sucias y sus besos enfermos ahora le seguían envidiosos de su fusil.

—¡Mueran los asesinos!

Media hora hacía que habían salido de las fábricas y de pronto se sintieron soldados a los gritos de aquella mujer. Se revolvían con sus improvisados fusiles, todavía sin saber cómo cargarlos. Rosita agitaba el suyo, enfilándolo por el camino sembrado de muertos.

—¡Que me sigan los machos!

Los contingentes armados entraban por las bocacalles y ya en el centro de la plaza, bajo la metralla, se apilonaban enceguecidos. Una descarga cerrada puso a bailar a Rosita como lo hacía con la música de la electrola. Su garganta, surtidor abierto, se desangraba por mil agujeros. La tromba de plomo terminó por clavetearla en el piso con las nalgas desnudas y los senos derramando leche tibia. Los más cercanos trataron de sobrepasarla, pero sobre ellos cayó la bendición de la metralla desde las cúpulas.

—¡Alto!

Él no era cobarde como "Viruta", no se detendría, no daría un paso atrás. Insistió en avanzar, pero los cadáveres le impedían llegar a la esquina donde se ocultaba el enemigo. Visión borrosa, lagañas en sus ojos, salpicaduras de sangre sobre su vista, no sabía qué, pero a un lado le pareció ver a Epaminondas, mucho más voluminoso con la muerte. Sí, era él

que se había quedado dormido sobre el pavimento como lo hacía en su carreta.

—¡Ea! Epaminondas, despierta, ¡llegó la guerra!

Apoyado en codos y rodillas, se arrastró hasta meterse en el hueco de una letrina. Había conquistado su trinchera. Se puso a manejar el juguete. En el cuartel nunca le dejaron disparar ninguna ametralladora y ahora tenía una para él solo. "¡Qué pesada está!". Lo descubría después de haberla cargado muchas cuadras sobre sus hombros, sin que le pesara más que su propia gorra. De repente —¡maravilla de juguete!— las balas comenzaron a dispararse solas. Un temblor amenazó con desarmarlo, pero se aferró al gatillo que hacía vomitar fuego como triquitraques. Una ráfaga de agujas calientes azotó su rostro. Negros moscardones brotaron de su frente, sumiéndolo en un sueño pesadísimo. Era un sopor paralizante y, sin embargo, oía voces muy cerca. Intentó gritar, mas le hizo falta la lengua y como un mal jefe, como "Viruta", advirtió que saltaban lágrimas a sus ojos. Una patrulla militar logró alcanzar su refugio. Primero le quitaron la ametralladora, todavía abrazada contra el pecho; después, como se moviera, con la aguda uña de un fusil, los soldados de carne y hueso le dividieron en dos su cabecita soñadora. Sobre su silencio le clavaron el epitafio:

—¡Te jodiste, rojo de mierda!

Más allá, en la esquina, varios obreros ensayaban su puntería de improvisados artilleros contra un punto negro que se asomaba y escondía.

—¡Es un cura!

—¡Es un obispo!

Los artilleros no se ponían de acuerdo sobre el valor de la pieza que se ocultaba en lo más alto de la cúpula de la iglesia.

—¡Apártense que va a disparar el cañón!

Algunos se tiraron contra el suelo, otros se guarecieron detrás de un pedestal y no faltaron quienes, pendientes de la metralla que graneaba por todas partes, dieran la espalda a la boca humeante del cañón.

El retumbar erizó los cabellos de la hermanita de la "Garrapata", que, obligada por esta, había cabalgado hasta la plaza. Llena de pánico echó atrás, lívida ante el primer hombre que, sin muestras de herida, abría los brazos en el suelo. Se adivinaba que estaba muerto porque ya la escuadra de la muerte había tirado sobre él sus líneas rígidas. Otro hombre cayó a su lado con la cabeza rebanada, pero ninguna de las dos muchachas tuvo tiempo de verlo porque sus propios cuerpos se desperdigaron por la explosión.

Nada podían los machetes de los revoltosos contra esa muralla de plomo invisible que aglutinaba

los cuerpos en una masa informe en el suelo. Paulatinamente se replegaban y en grupo comenzaron a discernir, a hilvanar ideas y a reflexionar. Nadie tenía conciencia de nada. Todo lo vivido era una gran comedia, un verdadero dislate. El virus de la conciencia, de las matemáticas, de la prevención aparecía en sus mentes.

—¡Es necesario un jefe!

—¡Ante todo acabar con el mal gobierno!

En el estrecho espacio de la chichería, el poeta Tamayo se afanaba en organizar la revolución, pero él que tantas veces había hablado de ella, de capitanear las masas, en aquel momento decisivo no tenía nada organizado que ofrecer al gran pueblo dispuesto a seguirlo. Se retorcía las barbas, se metía las manos en los cabellos y se quedaba mirando el cadáver de la ventera, de su querida Tomasa.

Parmenio se le acercó con un fusil entre los brazos, fatigado de haber estado disparando al cielo inútilmente.

—¡Díganos qué debemos hacer!

El poeta dejó de mirar el cadáver y se enfrentó a los ojos fulgurantes, exaltados por el delirio de la acción. Agitó las manos como queriendo asirse al vacío, y luego, impulsado por lecturas aprendidas de memoria, dijo en voz alta:

—¡Revolución que no avanza, retrocede! ¡Hay que pasar de la defensiva a la ofensiva!

El "Sátiro" entró con un radio robado, gritando:

—¡Oigan lo que dicen los jefes!

Lo conectó y escucharon. Hasta el poeta, que jamás había oído a esos oligarcas que se llamaban a sí mismos "jefes del pueblo", puso reconcentrada atención.

—"¡La revolución está triunfante!"

Las caras se alegraron en silencio y parecían decirse: "Todo esto es la revolución. Lo ignorábamos". La voz continuó en la radio:

—"¡El país se incendia en justa indignación! ¡Desde ahora en adelante la voluntad soberana del pueblo primará sobre la arbitrariedad!"

La cabezota del poeta quería meterse en el receptor, sus ojos relampagueaban. La misma voz cambió de tono y comenzó a hablar con expresión severa:

—"¡Nuestra dignidad de hombres cultos nos obliga a señalar senderos de rectitud y moderación en esta hora de justicia popular. Los embajadores del pueblo se encuentran parlamentando con el Gobernador y este, en vista de que la revolución ha triunfado, promete bajo juramento retirarse del poder. Desde este momento el gobierno está dirigido por los genuinos representantes del pueblo! ¡Hay que deponer las armas!"

—¡Traición! ¡Traición! —gritó el poeta encolerizado—. ¡Nos han vendido los de arriba! ¡Nuestra sangre está sirviendo de festín!

Sus palabras se atornillaron en la garganta de los insurrectos.

—¿Qué hacemos? ¡Estamos dispuestos a acabar con los traidores también!

No supo qué contestar. Nunca como en ese momento había comprendido la necesidad de la organización. Veía claramente que un hombre solo, desligado de una orientación colectiva, le era imposible asumir de la noche a la mañana la inmensa tarea de dirigir un pueblo rebelde. Volvió a mirar los ojos, las manos, los fusiles que esperaban sus órdenes. Las palabras brotaron de sus labios sin fuerza:

—Los políticos que se dicen defensores del pueblo se suman a los verdugos. ¡Eso no lo podemos tolerar!

—Todo eso es cierto. ¿Pero qué hacemos? —respondió Parmenio.

—¡Es necesario organizarnos!

—Bien, organicémonos. Aquí estamos todos dispuestos a vengar la sangre de los caídos.

El poeta enmudeció.

—¡Si no hay nada que hacer, calmemos nuestra hambre! —proclamó el pelirrojo, que hasta ese ins-

tante se había olvidado que tenía muchos días de no comer, que su Teolinda estaba de parto o ya le había dado un nuevo hijo.

—¡Asaltemos las bodegas de los ricos y comamos hasta saciarnos aun cuando sea por una sola vez en la vida!

Ebrios de libertinaje, sueltos por vez primera todos sus instintos, olvidados del sacrificio que acababan de rendir con su sangre, indiferentes al peligro todavía mayor que los amenazaba, atropelladamente salieron al pillaje. Empujado y pisoteado por el tumulto, dando traspiés, el poeta comprendió en aquella tremenda desorientación que había vivido en la utopía.

VII

Desmanteladas por el filo de las hachas, las puertas cedieron estrepitosamente. En el marco, con derretido sudor de polvo que le pintarrajeaba el rostro, Parmenio soltó su acostumbrado grito de acoso:

—¡Adelante, pueblo! ¡Hoy hay más hambre que ayer!

Los cuerpos se atropellaban por los sótanos oscuros, derribando las débiles puertas. Ruperta intentó deslizarse por la hendidura que había abierto su padre, pero la avalancha de los que entraban y salían atropelladamente con los bultos a cuestas estuvieron a punto de destriparla. Volvía carilarga a unirse a los "Pulgas", medrosos por los disparos, cuando oyó al padre que gritaba desde el balcón:

—¡Hay comida para todos! ¡Barriles de harina! ¡Sacos de arroz! ¡Cajas de jamón!

Jubilosa algarabía recibió su anuncio. El mismo Parmenio no creyó nunca que pudiera algún día enfrentarse sin tapujos a las bodegas de víveres.

—¡Papá, trae algo para los "Pulgas"! ¡Bastante comida para mi mamá y para mí!

Sus gritos eran ahogados por la algazara de los saqueadores a la vista de los bultos y barriles de alimento, que el padre arrojaba como si se tratase de salvar la carga de un barco que se hundiera.

Teolinda se apoyó contra la pared y logró incorporarse. La vista de los comestibles desparramados consiguió lo que no pudo el ruido de los cañones, ni la amenaza de los machetes. Sostúvose con ambas manos el bajo vientre para que no se le saliese el hijo y, tambaleándose, se acercó al montón de panes y tarros de carne enlatada que se disputaban los hambrientos.

—¡Écheme algo para comer, papacito!

El rostro tiznado del padre tenía ojos y oídos para todos, menos para Ruperta y los suyos. Se había vuelto loco; presa del delirante afán de saqueador, ni por un instante reflexionaba en la acumulada hambre de los "Pulgas". La hija, desilusionada, abandonó la idea de apoderarse de un bulto y se dedicó a recoger las sueltas latas de sardinas que rodaban pisoteadas. A pedradas extrajo los pescados y se los embutió en la boca a la madre que, desfallecida, ni siquiera podía levantar las manos. Los mellizos olían y no se cansaban de pedir.

—¡Coman! ¡Coman! —Les llamó Ruperta entregándoles galletas y pedazos de jamón.

Una risita, la placidez del hartazgo, logró alegrar sus caras sucias. El saqueo de las bodegas continuaba. Pronto toda la calle se llenó de bultos, de cajas de chocolate, de fríjoles y papas en procesión interminable sobre las cabezas de los asaltantes.

—¡Paciencia que hay para todos!

Un sentimiento de venganza impulsaba a Parmenio a vaciar hasta el último grano. Sabía que actuaba contra los opresores, contra los asesinos de su hijo, contra los que le habían negado trabajo y el derecho de alimentarse. Por sus hombros rodaban más y más bultos hacia la calle y, cuando sobre ellos caían las manos hambrientas, delirante entusiasmo colmaba su corazón.

La noche trajo solapado deseo de encubrir la rapiña. La codicia se encaminó entonces contra las puertas de las prenderías y en la oscuridad comenzaron a chisporrotear los machetes al chocar contra los candados y cerrojos.

—¡Déjenme entrar para quitar las trancas!

El grito del "Profeta" logró detener el filo de las hachas. Mientras se escurría con dificultad por entre la brecha, oyose el jadeo fatigado de los que aguardaban nerviosos. Una vez dentro, arrimó a la puerta

cuanto encontró en la oscuridad para obstaculizar la entrada a los demás.

—¡Ese ladrón se está guardando la mejor parte!

Los machetes recomenzaron con más ímpetu sus golpes, como si lo hicieran contra los hombros del "Profeta".

—¡Maldita sea, están mojados!

Al fin pudo encender el cuarto fósforo y sin pérdida de tiempo, como si hubiera sido toda su vida dependiente de aquel establecimiento, se dirigió a la caja de las prendas. Tuvo que botar la cerilla para hundir ambas manos entre las joyas y llenarse apresuradamente los bolsillos. Cuando no le cupieron más en ellos, se apretujó un puñado de alhajas en la boca.

La brecha dio paso a los cuerpos grasientos, a la algarabía y a los saltos simiescos. A ciegas se estrellaban unos contra otros, se daban de cabeza contra los mostradores, hundían las manos en todas partes, palpaban, lamían hasta el último objeto. Alguien encendió la luz y asustados se quedaron inmóviles, como si de repente hubieran lanzado el grito de "policía". Advertidos de que nada los amenazaba, renovaron el saqueo con más ahínco, despedazándose entre sí.

A lo largo de la calle proseguía el desfile de cargadores. Un hombre bajetón jadeaba con el peso de dos máquinas de coser. La mujer que lo seguía, con piezas

de paño encima, no alcanzaba a mirar donde apoyaba el pie descalzo. Pisaban sobre jabones, telas y relojes que de repente se habían puesto a marcar una hora cualquiera. En medio de la turba, hundido en su delirio, el "Pelúo" llevaba los brazos en alto, como si sobre sus hombros acarreara el ataúd de su mujer. Sus pasos se movían libremente, pero oculto grillete los detenía cuando intentaba cruzar más allá de la calle 10, donde habían muerto su Saturnina y su Froilán. Ni los empellones, ni las voces lograban liberarlo de aquella ilusa carga. Algo se enredó en sus piernas y sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver que había metido la pierna en un féretro de caoba. A la luz del incendio brillaba su fondo blanco, cubierto de seda. Era un ataúd como los que él había fabricado en su pueblo para los ricos. Se inclinó sobre él sin extrañeza y, después de taparlo, echóselo a sus espaldas y siguió más alegre que quienes lo atropellaban cargados de pesados bultos.

La "Pecosa" lo miró pasar y sonrió. También ella quería algo distinto de los objetos que saqueaban en las tenduchas. Conocía el lujo y esa noche tendría todo lo que sus ojos habían visto en casa del "señorito". Deseaba pisar alfombras, tener una cama suave y abollonada, un radio luminoso y vestidos finísimos. Se buscaría una tina para bañarse con jabones olorosos y, después de cubrirse con un abrigo de piel,

se echaría perfumes raros, iguales al que sintió en sus narices esa misma mañana. Solo tenía mofa para las mujeres dedicadas al pillaje de telas de algodón y percal. Detúvose frente a un almacén para mirar el "Artista" que anunciaba:

—¡Aquí hay calzones de mujeres! ¡Puede llevárselos, señora, hoy estamos en baratillo y no le cuestan nada!

Una mujercita se le acercó con manifiesta preocupación.

—¡Pañuelos! ¡Medias nylon!

Lo agarró por una pierna a fin de que oyera su solicitud:

—¡Quiero mantas para mis hijos!

El humorista tuvo que agacharse para oír la demanda y luego, empinándose, con ambas manos en la boca, exclamó:

—¡Aquí preguntan por mantas! ¡Cómo son de haraganes estos empleados! —Y sin preocuparse más de la mujercita, se dirigió a la "Pecosa" que se había quedado risueña frente a él:

—¡Oiga, señora, no se detenga, pase usted sin temor y escoja personalmente lo que desee, pues de lo contrario no van a despacharla nunca!

Y la prostituta sonrió y emprendió de nuevo su camino sin dejarse seducir por las naderías que hurtaban

en la calle 10. Tuvo miedo de cruzar la plaza sembrada de cadáveres, donde la pirotecnia de las descargas iluminaba el rostro de los muertos. Sesgó por la esquina y entonces comprobó que habían comenzado a arder grandes edificios. Bajo el chisporroteo de las láminas de zinc que volaban por el espacio, siguió hasta las tiendas donde expendían artículos de lujo. Las grandes cortinas metálicas habían sido destrozadas y los cristales, hechos añicos, cubrían el piso como baldosines de vidrio. El fondo amplio, abundantemente iluminado, daba esplendor al saqueo. Las vitrinas desvalijadas apenas mostraban algunos maniquíes sin ropa, luciendo grotescamente sus cuerpos de mimbre como esqueletos que solo tuvieran rellenas de carne las piernas y las cabezas. Uno de ellos, con los brazos en alto, como ruborizado por el ultraje, proyectaba sus senos cubiertos aún por sostenes que no se habían tomado el trabajo de desabrochar. La "Pecosa" se los arrancó, alegre de encontrar algo apropiado para su gusto y, sobre su traje sucio, probó si se acomodaban a sus pechos caídos.

En el interior del almacén advirtió que no todos los que vestían de postín llevaban los pies calzados. Haraposos como ella misma se habían dado cita en el lujoso almacén para cambiar sus ropas raídas. Los rostros aguardentosos y barbados contrastaban con

las pecheras y los cuellos tiesos. Un abrigo de visón le hizo recordar la sobrecama del "señorito". Reparó en la cara atemorizada de quien lo llevaba y lo haló del corbatín intimidándolo:

—¿A dónde lleva ese abrigo?

El hombre reaccionó asombrado de que alguien con el pergeño de la "Pecosa" osara averiguarle de aquella manera.

—¿Y quién es usted para meterse en lo que no le incumbe?

—¡Está robando lo nuestro!

—¡Maldita sea su gracia! ¿Quién le ha dicho que este almacén es suyo?

—¡No necesitamos que nos lo digan! ¡Lo tomamos a la fuerza!

—¡Bien, yo he contribuido al asalto! ¡Suélteme!

—¡Ah, ratas miserables! ¡Cuándo serán capaces de robar valerosamente! Usted es de los que se esconden detrás de una oficina para robarnos, para dejarnos morir de hambre y, en una ocasión como esta, dicen llenos de miedo: "yo soy de los de abajo" —y sin esperar respuesta, le escamoteó el abrigo, abriéndole con su navaja un surco en la mejilla.

La algazara tomaba impulso, nuevas caras ensombrecidas aparecían detrás de los cristales. Desde lo alto de un estante, topando con el techo del salón,

un hombrecillo gritó como si se tratara de un empleado público:

—¡Acarreen pronto que vamos a meterle fuego a estas porquerías!

Frente a un espejo, la "Pecosa" se contemplaba indiferente a la amenaza, solo tenía ojos para mirarse, coqueta, el abrigo de piel. Su carita redonda, llena de pecas, tomó un raro aire que la movió a risa. Observó sus pies sin poder explicarse que cupieran en aquellas zapatillas puntiagudas y de tacones altos. Giró repetidas veces ante el espejo y luego, sin dejar de sonreír, abrió el abrigo para mirarse el vestido de seda negra con lentejuelas que allí mismo, sobre su traje sucio, se había encasquetado. Intentó dar varios pasos, pero la larga falda se enredó en sus zapatillas y cayó al suelo. La empujaron y hubo de dar tres vueltas más antes de que pudiera levantarse y recogerse el vestido hecho jirones. Una nube de humo invadió el almacén y la gente comenzó a salir apresuradamente, llena de risa, sin inmutarse demasiado por las llamas. Sobreponiéndose al tumulto, intentó arreglarse el mechón que insistía en caer sobre su frente, pese a que se había humedecido los cabellos con varios frascos de perfume. Una explosión luminosa encegueció su vista y atemorizada salió corriendo por entre unos cristales rotos.

Al poco rato de caminar por la calle, no pudo resistir por más tiempo las zapatillas y las botó de mal humor. Grata sensación de alivio aligeró sus pies al percibir la frialdad del piso. Junto a ella se afanaban varios hombres en arrastrar un barril.

—¡Cuidado que es dinamita!

Dio un salto y trató de correr, pero las largas faldas volvieron a enredarse en sus pies derribándola. Los hombres la rastrillaron con su mofa. Se llevó la mano a las narices y advirtió que había desaparecido el olorcillo perfumado y que en cambio un fuerte olor a gasolina la inundaba. Recordó los días de su infancia cuando fuera ayudante de cocina al lado de una tía. Por aquella época ese olor a gas envolvía su ropa, sus manos y su cara. Jamás podía retirarse un solo momento del fogón, pues la patrona la zurraba, llamándola haragana. La sacudió una risa incontenible. ¡Cómo había sido tonta! Asustarse por que le dijeran que el tanque de gasolina estaba lleno de dinamita. Se limpió las manos en el abrigo de piel y siguió en busca de los que lo arrastraban.

—¿A dónde van con eso?

—¿No tienes ojos?

—¡Y muy abiertos! Pero no me explico por qué roban ustedes gasolina cuando hay tantas cosas de valor rodando por el suelo.

—¡Nosotros no somos saqueadores! ¡Mira para el cielo y verás nuestra venganza!

Observó entonces las llamas que se levantaban por todos los costados de la ciudad. El fuego devoraba los edificios, iluminándolos con una belleza que jamás les había visto. De súbito resonaban grandes explosiones y las paredes se derrumbaban con estrépito. Las mujeres corrían por las calles dando gritos con sus hijos entre los brazos, chocando contra los que apenas podían moverse bajo el peso de sus cargas. Por todas partes rodaban cunas vacías, espejos rotos y bacinillas. Se regocijó al ver el tropel de personas acomodadas que, sorprendidas por el fuego, salían a la calle sobrecogidas por el pánico. Detúvose a mirar a una madre que, sentada en la acera con tres chicuelos, gemía con abundantes lágrimas.

—¡Nos han quemado la casa y mi marido ha ido a buscar un taxi! ¡Qué desgracia, Dios mío, yo aquí solita con mis hijitos! ¡Se imagina lo que significa esto!

La "Pecosa" respondió con risita burlona:

—¡Con que está esperando a su marido que busca un taxi! ¡Je, je!

Un vidrio le hirió el pie y, dando saltos con el otro, se arrinconó a una puerta para hurgarse la herida.

—¡Maldita sea, esto no es nada!

Ensayó a apoyar el talón y con pisadas en falso se abrió paso por entre el gentío que desparramaba gasolina y fuego. Fuertes goterones principiaron a caer con furia, revolviendo la humareda que servía de telón al resplandor de los edificios incendiados. Bajo la lluvia prosiguió el tránsito interminable de los saqueadores. El aguacero parecía dar más vida a la gran bacanal de los tiros y robos.

Un hombre cruzó al lado de la "Pecosa", vestido de riguroso frac, balanceando con parsimonia un paraguas. Creyó reconocerlo. Llevaba zapatos de charol y un bombín que se apretaba muy ceñido sobre los largos cabellos asomados por encima de sus orejas. Se acercó hasta él y le miró la cara de cerca. El del paraguas se detuvo y a su vez le observó con interés el abrigo de visón, pero al verle los pies desnudos, frunció el gesto y refunfuñó:

—Se ha equivocado usted lamentablemente, señora.

—No te lo creas, sinvergüenza, eres el mismísimo "Artista" —rio a carcajadas, alzándole la cola del frac.

Sin dar mayor importancia a sus irreverencias, se deslizó fugaz entre la gente, enredando el mango de su paraguas con las ropas y los bultos de todo el mundo.

La herida del pie obligola a buscar refugio. Maquinalmente se dirigió al prostíbulo donde a veces

pasaba las noches en la calle 10. Solo encontró las ruinas humeantes del viejo edificio. En un extremo persistía chamuscado un tramo de lo que había sido el hotelucho. Se metió llena de curiosidad por entre el armazón de las paredes, mecidas suavemente al golpe de la brisa. Tuvo la impresión de haber conocido aquellas ruinas desde su infancia y extraña alegría la animó en medio de los escombros. Un disparo de fusil sonó a sus espaldas y junto a ella cayó un crucifijo con el rostro ahumado. Al agacharse para recogerlo, sus manos rozaron un cuerpo blando. Una mujer apretaba contra su pecho a una criatura. Ambas estaban muertas. Alcanzó el crucifijo y lo depositó en medio de las dos caras que parecían hacer parte de un mismo rostro. Reparó en las paredes que circundaban aquel pedazo del edificio y pudo comprobar por los arcos semidestruidos que allí había existido antes una bodega. Bajo los escombros se asomaba la cabecera de una cama, sintió deseos de dormir y, sin preocuparse de los cadáveres allí próximos, se hundió en un rincón, arrebujándose en su abrigo de piel.

No se había quedado dormida cuando alguien rozó su cuerpo y acarició sus cabellos. Una cabezota se movía sobre ella bamboleante, mostrándole sus colmillos relucientes.

—¿Qué quieres?

El “Oso” gruñó y trató de poner nuevamente la mano sobre su talle.

—¡Vete de aquí si no quieres que te mate!

Con rápido movimiento del brazo esgrimió la navaja. El lisiado dio un salto atrás y corrió por entre los escombros en busca de su guarida. Desde lejos observó que estaba iluminada y con saltitos cautelosos se aproximó para espiar. Su patrón escondía cuanto llevaba consigo en una cajita que guardó cuidadosamente debajo de unos trapos.

—¿Dónde estabas?

El “Oso” le mostró las manos ensangrentadas.

—¿A quién has matado?

—Mucha sangre en las calles —balbuceó trabajosamente.

—¡También derramarán la tuya como salgas de aquí! ¡Ten cuidado de que nadie me robe, pues me las pagarás con tu vida!

Levantó amenazante la vara con que lo zurraba y el “Oso” bajó la cabeza, sin dejar de mirarlo. Frente a un gran espejo amarillento, el “Artista”, a la luz de la bombilla, comenzó a hacer cabriolas, mirándose el cuello duro y la corbata de lazo que caía sobre la pechera blanca de la camisa. Con la vara hacía gestos y como un director de orquesta giraba en redondo sin dejar de mirar su grotesca estampa frente

al espejo. Desde un rincón, acurrucado, fingiendo asombro y alegría, el “Oso” observaba todos sus movimientos con raro nerviosismo. Detrás de su espalda escondía un agudo puñal. En el instante en que lo vio inclinarse para hacer repetidas reverencias frente al espejo como si agradeciera los aplausos de un público invisible, saltó sobre sus espaldas con todo el peso de su cuerpo. Un grito y, luego, un quejido ahogándose en abundante vómito de sangre. Al cerciorarse que no respiraba, le arrebató la vara y quebrola en varios pedazos sobre su rodilla. Se dirigió al rincón donde le había visto ocultar la caja. Anillos, relojes, collares y pulseras relucían en sus manos. Con la caja debajo del brazo, saltó sobre el cadáver y como se ensuciara las manos en el charco de sangre, se las limpió en los fondillos y dando brincos salió fuera de la pocilga.

Por entre los escombros se acercó al rincón donde había dejado a la “Pecosa”. Cuando esta abrió los ojos, tenía frente a ella el brillo de las joyas. Apretó su puñaleta.

—¿Dónde las cogiste?

El jorobado se quedó silencioso hurgándole las faldas con sus uñas largas. Se hizo la indiferente y se dejó caer sobre el camastro.

—¡Ese sí!

Creyó haber dado en el blanco de la ventana, en la que había visto repetidas veces quemar el fósforo de un fusil. De nuevo, sin embargo, volvieron a disparar con más furia por los resquicios.

—¡Tengo que bajármelo!

Empapado por la lluvia, sin zapatos que pudieran hacerlo resbalar, Rengifo se había propuesto suprimir al fraile que, amparado en la oscuridad y en el muro de la torre, abatía a mansalva a los amotinados. Las tejas de los antiquísimos techos, cubiertos por liquen, podían empujarlo al abismo. Con las uñas, con los dientes, con la respiración y los poros de la piel, avanzaba audaz hacia aquel objetivo que su mente de rebelde le hacía ver de suma importancia. En mitad del camino se acordó de su Chava. ¡Quién sabe qué había hecho la pobre aquel día! Llevaba en su seno la semilla de su hijo. Recordó a la indiecita que viera en el suelo con el vientre abierto de un yataganazo y por cuya herida asomaba la manita empuñada de un feto. Sí, él estaba luchando no solo por su hijo, sino por todos los hijos de esas madres asesinadas. A cada pensamiento de estos tomaba más fuerza, vencía la rigidez de sus músculos entumecidos por el frío y saltaba los obstáculos que tenían por fondo el abismo de la calle 10. Desde los aleros podía ver a través de los cristales de las ventanas las gentes encerradas en las

habitaciones, cobardes, atemorizadas, huyendo del fuego que dejaba caer la fusilería del Gobierno sobre la ciudad. Se acurrucaban debajo de las camas para evitar que las balas locas los incorporaran a sus rutas de muerte. "¡Cómo son de cobardes!". Se indignaba al verlos arrastrarse por entre los cuartos. Advirtió también que varias habitaciones se encontraban repletas de bultos de mercaderías y cajas de víveres. Ignoraba que era el botín de la rapiña, porque desde que oscureciera se había convertido en francotirador sobre los tejados. Por ningún motivo iría él a deponer las armas. La rebelión se había iniciado sin las órdenes de los jefes oligarcas y solo el pueblo la daría por terminada cuando rebeldes como él, apostados en los techos, resistiendo en las calles o en sus hogares, dispararan el último cartucho.

Desde su escondite pudo mirar las puertas de una casa, atrancadas con una muralla de muebles. Media docena de jóvenes, las caras pálidas y los dedos finos se persignaban a cada instante como quien se sacude moscas. De rodillas, contra los rincones, oraban plegarias cuyas palabras no podían llegar hasta sus oídos. Se sujetó bien el rifle al hombro sin observar que los seis jóvenes vestidos de civil llevaban estampadas en el occipucio sendas tonsuras. De haberlas visto, habría abierto fuego contra ellos im-

pulsado por el odio que les tenía desde que los viera disparar de las torres.

Si lograba avanzar hasta el techo de la casa que hacía de esquina podría derribarlo de un disparo certero. Anduvo unos metros más y se encontró frente a una ventana abierta. Fuerte olor a carne cocida le despertó el hambre. No veía nada, ni sentía el más leve movimiento, solo, atrayente y sugestivo, el olor de la carne guisada. Empujó la ventana y se dejó caer en el interior. Sus pies rozaron algo en la oscuridad. Un ruido y unas manos que lo palpaban de abajo a arriba, un grito entrecortado. Rápidamente buscó la forma de aquel cuerpo y, al encontrar la cabeza, la sujetó fuertemente y allí, sobre un punto que no alcanzaba a distinguir, descargó dos veces sus puños. No oyó ningún quejido, solo la respiración honda y sosegada. Buscó en sus bolsillos una caja de fósforos y la encontró húmeda. Rastrilló varias cerillas, pero ninguna le daba la lumbre que deseaba. No tenía miedo. A sus pies yacía un cuerpo que adivinaba de mujer. "Una pobre muchacha como Chava, que se pasa la vida de cocina en cocina". Logró encender un fósforo. Dos ojos lo miraban con asombro, hundidos en la masa hinchada de los pómulos donde habían caído sus puñetazos. "¡Cómo he sido de imbécil, confundir los ojos con la barba!". Le bastó con mirarla para comprender que

no gritaría: la cara hermosa, el cuerpo deforme y, al taparse la boca, advirtió que le faltaba un dedo de la mano. Terminó por tranquilizarse del todo. Sería incapaz de denunciarlo, conocía a la mujer campesina cuando llegaba a servir a la ciudad. Callaba ante la injuria, frente a la violencia de cualquier hombre.

—¡No tengas miedo! ¡Dame de esa carne que huele tanto!

La muchacha se levantó del suelo y prendió la luz.

—¡Apaga eso!

Inmediatamente se hizo de nuevo la oscuridad. La adivinaba sacando el plato de una alacena que había visto en el momento en que la luz inundó la pieza. Estaba, como él se lo imaginara, en la cocina.

—Aquí está. Tome también pan y ensalada. Si usted quiere, salgo para traerle otras cosas.

—No, siéntate aquí a mi lado. No temas.

—¿Usted quién es?

La sirvienta acurrucose por la presión que le hiciera en el antebrazo.

—Yo soy un policía en rebelión.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Está a favor o contra el Gobierno?

—Contra el Gobierno.

—¡Ah! Entonces tenga cuidado. Aquí todos son gobiernistas.

La muchacha apretó el brazo del policial en un impulso de solidaridad. Rengifo, a su lado, se sintió más revolucionario, más héroe, más dispuesto a sacrificarse.

—¿Y por qué ha venido aquí por los tejados?

—Ando en busca de un cura que desde la iglesia está apuntando a los nuestros.

—Sí, de aquí lo hemos visto disparar toda la tarde; en el fondo de la casa, desde la azotea se divisa bien.

No pudo disimular lo agradable de aquella noticia y, sin dejar de masticar, agregó:

—Enséñame esa azotea.

—Bien, pero tenga mucho cuidado. Los señores de la casa están vigilantes. Algunos han huido.

—No importa, si es necesario tengo plomo para ellos.

—Venga y le indico cómo puede subir.

Descalza y apenas rozando las losas, la muchacha lo guiaba. Salieron a un pasadizo de donde se podía ver a través de los cristales el grupo de hombres que fumaba en el comedor. Una densa humareda los envolvía.

—Son seis… Apretó el fusil.

—Sí, señor, tres de la casa y tres refugiados. Parece que la gente quiso asesinarlos. Están armados.

—Canallas, me dan ganas de…

—Por aquí puede subir a la azotea. Tenga cuidado con la escalera que es de madera y cruje.

—Quédate aquí y me avisas si esos canallas se alertan con el disparo.

—Bien.

Jamás había pensado que algún día pudiera ella enfrentarse a esos hombres que la humillaban, que le habían enseñado a llamarlos "señores", a no rebelarse por sus insultos.

—¡Tac!

Un frío recorrió todo su cuerpo. Los hombres continuaron su conversación, tragando humo, sin dar importancia al disparo. Un minuto, dos… tres. Nada se oía sobre la azotea; después unos pasos sigilosos y un resbalón que trajo cerca de ella al cuerpo de Rengifo. Inmediatamente se incorporó este y se puso en guardia con el fusil. En el interior del comedor los hombres se revolvieron asustados y uno de ellos, con un revólver, se aproximó a los cristales. Rengifo tuvo ganas de disparar, pero la muchacha lo contuvo.

—¡Es mejor que huyamos!

En aquella frase adivinó su decisión por acompañarlo en la lucha. Le ordenó:

—Baja tú primero y yo te sigo.

—Abriré la puerta, está bien atrancada.

—¡Pronto!

Tenía el dedo en el gatillo, sin perder de vista un solo movimiento de los hombres. El que trataba de observar por los cristales disparó el arma dos veces a tontas y a ciegas. El expolicía se escudó en el recodo de la escalera sin disparar. Apenas le quedaba un cartucho y debía jugárselo en el momento decisivo. Ya dos hombres se acercaban agazapados. Sin inmutarse, los vio venir. Abajo la muchacha le gritó:

—Ya está abierto el portón.

Antes de huir, decidió amedrentarlos y disparó contra el primero. No tuvo tiempo de cerciorarse si había hecho impacto en él. En la puerta lo esperaba la muchacha y, agarrándola de un brazo, se perdieron entre el alboroto de los saqueadores.

VIII

La fusilería iluminaba la Plaza, acallando los ayes de los heridos que se desangraban. El impalpable, pero denso cuerpo de la humareda de los incendios y de la pólvora, se apelmazaba con la lluvia y los vientos que descendían de los cerros. Encubierto en la oscuridad, el poeta Tamayo, contra el pavimento, tropezaba con los cuerpos mutilados o se sumía en los charcos de sangre coagulada. "En la plaza hay muchos agonizando", le habían dicho y un grupo de voluntarios se sumó a la decisión del poeta para rescatarlos. Sí, eran muchos los que se quejaban bajo los muertos, arrinconados a los muros o en mitad de la plaza, con abiertos y sangrantes socavones en las espaldas.

—¡Aquí estoy muriéndome, me hace falta una pata!

El poeta recorrió con su mano el costado del herido y, al llegar más allá de la rodilla, encontró que la ropa y los coágulos formaban una masa fangosa.

Arrancó un pedazo de tela de su chaqueta y lo anudó por encima de la rodilla. Jamás había servido de enfermero, pero en ese instante recordó haber leído algo sobre el torniquete para contener las grandes hemorragias y por instinto apretó el nudo.

—¡Llévense este a la Facultad de Medicina!

—¡Déjeme, hermano, yo voy a morir! ¡Por ese lado se queja una mujer, sálvela!

El poeta apretó la mano del moribundo y por un instante escuchó los lamentos lastimosos que abundaban sin distinguir la voz de mujer. Al resplandor de una descarga le pareció ver un bulto blanco recostado a la estatua. “Es ella”. Se arrastró en su busca. Al apoyarse sobre un cadáver sintió que alguien lo halaba. Detuvo la mano que lo asía y por ella encontró el cuerpo de un niño.

—¡Aquí estoy, mamacita!

El muchacho tendría apenas unos doce años, pero la mitad de la cara había sido arrebatada por un proyectil. Al sentir su frente encendida, comprendió que deliraba. Con gran esfuerzo retiró el cadáver obeso que lo oprimía y con el niño en sus brazos emprendió la retirada.

—¡Ay mi madre!

Reconoció nítidamente la voz femenina. Por un momento dudó entre seguir con el niño a cuestas o

devolverse a prestar auxilio a la mujer. Pero en ese mismo instante un repiqueteo de ametralladora barrió con sus ráfagas la amplitud de la plaza. Se tiró al suelo y se refugió detrás de los cadáveres, cubriendo al niño con su cuerpo. Cuando se silenció la ametralladora, solo se oía el quejido cada vez menos fuerte de los heridos. Muy cerca de él se movió un bulto y el poeta reconoció a un voluntario que trataba de acercársele.

—¡No te muevas!

Se quedó inmóvil. Por la estrecha calle que conducía al Palacio, aparecieron las gigantescas masas de los tanques. A su paso trituraban como cascajos las cabezas y los brazos de los heridos, silenciando sus gritos. Detrás marchaba la tropa. El poeta apenas veía los destellos de los cascos y las bayonetas que se regaban por toda la plaza. Dirigían su metralla contra las esquinas y, tras la devastación, seguían los saltos sigilosos.

—¡Es preciso que huyamos pronto! —advirtió, apretando al muchacho contra su pecho.

—¡Aquí hay una mujer herida!

El poeta no pudo oírlo, afanado en detener a los otros voluntarios que recorrían la plaza en pos de los heridos.

—¡Retirémonos que nos cercan!

La metralla se silenciaba por un instante y volvía a levantar la alharaca de sus proyectiles. Cuando se acallaba y solo se oía el chasquido de uno u otro disparo, volvían a moverse trabajosamente los cuerpos arrastrándose.

—¡Atienda a este niño, doctor!

En medio de tantos heridos a los cuales había que prestar los primeros auxilios y de las carreras de los otros estudiantes de medicina que habían convertido a la Facultad en hospital de campaña, Laboriel no tenía oídos para el poeta Tamayo que lo seguía, ansioso por la creciente hemorragia del muchacho.

—¡Doctor, este niño tiene fiebre y se desangra! —Volvió a repetirle después de marchar tras él por todo el corredor.

Como no lo atendiera, preocupado en elegir a los que era necesario operar inmediatamente, el poeta alargó su brazo y lo sujetó por la bata ensangrentada.

—¡Mire, doctor, esta criatura se desangra y tiene fiebre!

—¡Otro herido, y un niño! ¡Qué vamos a hacer? ¡Aquí no es posible atender a nadie más! ¿Por qué no lo lleva al Hospital General?

El poeta comprendió la gravedad de la situación, pero respondió al rompe:

—Es imposible alcanzar el Hospital. Los soldados rodean el sector y disparan a ciegas contra todo lo que se mueve.

El estudiante se puso a auscultar al niño y reparó en la herida que le había vaciado un ojo.

—Es mejor que lo lleve inmediatamente a la sala de los perros.

—¿Dónde?

Laboriel le había dado la espalda y el poeta se quedó confundido con sus barbas llenas de coágulos y su chaqueta destrozada.

—¡Los perros, ahí viene el perro negro!

"Malicia" se había puesto a delirar. Perseguía al animal con un inmenso saco en medio de mucha sangre, la misma sangre que lo bañaba y se esparcía abundantemente por su alrededor. El poeta no se explicaba por qué le habían ordenado llevar al niño a la sala de los perros. Con dificultad movía los pies, sin saber a dónde ir, para no pisar los cuerpos tirados en el suelo. Unos cubrían con su propia ruana su agonía y otros los intestinos a la vista, sosteniéndoselos con sus manos sucias para que no fueran a salírseles del todo. Del montón de heridos se levantaban agudos gritos. Los más fuertes callaban al ver cruzar a los médicos y estudiantes con batas blancas o sin ellas, apenas con las camisas remangadas, en espera que les

llegara el turno de ser atendidos. Miraban fijamente como si sus ojos alcanzaran a ver más allá de aquel cuadro de dolor y sangre que los rodeaba. Un viejo a quien el poeta creyó haber visto vendiendo quesos se había quedado sin brazos y resignado se miraba las astillas punzantes de los huesos que desgarraban su piel. Contra la pared, los brazos cruzados, dos jóvenes de overol parecían estar a la expectativa. Se acercó al mayor, a juzgar por sus bigotes, y le preguntó:

—¿A quién esperas, hermano?

El obrero lo miró con rabia oculta, pero el más joven le explicó:

—Nuestros cuerpos están llenos de balines —y se abrió la camisa para mostrar el tatuaje que la pólvora y los plomos habían dejado en su pecho.

—¿Les duele?

La mirada del joven de los bigotes se hizo más colérica y volvió el rostro a un lado para escupir. Por el contrario, el otro respondió deseoso de comunicar su pena:

—Parece que nos hubieran cosido el pellejo con aguja de enfaldar.

—Ya los aliviarán, hermanos.

“Malicia” sangraba y la fiebre se le encendía. Por fin acertó a pasar junto al poeta la única mujer de uniforme blanco. Se acercó a ella.

—¿Dónde queda la sala de los perros?

La estudiante no puso atención a su pregunta por mirar a "Malicia".

—¡Ay, pobrecito, a mí me parece haberlo visto antes! ¡Sí, ayer vino aquí junto con otros chiquillos a vender unos perros! ¡Démelo acá!

El poeta se lo entregó con alegría, a la vez que preguntaba:

—¿En qué puedo ser útil aquí?

—¡Lleve a todos los que tienen heridas en el vientre a esa sala!

Una mujer corpulenta que yacía boca abajo con la columna vertebral despedazada le impidió el paso. Por un instante imaginó que fuese el cadáver de su Tomasa, pero advirtió que era más voluminosa y que no tenía el traje grasiento. A pesar de la máscara de sangre que lo cubría reconoció a la "Capitana". Aún vivía, la respiración le hacía vibrar los cabellos que le caían sobre la cara. Volvió a reparar la herida, tan monstruosa que de inmediato comprendió que agonizaba. Tuvo la certeza que con ella morían los anhelos de libertad de todo el pueblo. Lo acogió violento deseo de ponerse a llorar. "No, no se ha perdido todo, es falso que el pueblo esté herido de muerte". Apretó los párpados hasta secar las lágrimas que ya habían saltado a sus ojos. Cubrió el

rostro a la moribunda con los jirones que quedaban de su chaqueta.

El joven obrero de los bigotes sintió que su antipatía por él se apagaba, al verlo levantar al herido que se contenía con las manos los intestinos y llevarlo en brazos hacia donde había visto entrar a la estudiante. Un fuerte olor a perro inundaba hasta los resquicios. Comprendió entonces que aquel lugar destinado a la práctica quirúrgica con animales había sido convertido en sala de cirugía de urgencia. En el patio se oían los aullidos de los perros sufriendo el frío, el hambre y la tortura de ese olor a sangre que lastimaba sus olfatos.

—¡Está viva todavía, doctor, la acabo de recoger en la plaza!

Laboriel se espantó al verla como si fuera aquella mujer el primer herido que atendiera esa noche. La hemorragia y la lluvia habían desteñido el carmín de sus labios, pero de inmediato pudo reconocerla.

—¿Dónde está su hija recién nacida?

—¿Qué?

Comprendió lo tonto de su pregunta y se inclinó a examinar la garganta hinchada. Después miró al voluntario y con un gesto le hizo entender que moría. El hombre frunció los hombros y le dio la espalda.

Envuelta en niebla y humareda, la mañana sorprendió el cuerpo largo y estrecho de la calle 10. Un olor a humedad y a tizones apagados se infiltraba en la atmósfera. Se presentía la fuerza de la vida emanando por todos los rincones con ese aliento de los surcos recién sembrados. La tormenta había pasado, derribando vidas, derramando la sangre como espesa resina de álamos destronchados, pero no dejaba la desolación, sino un compacto sedimento de substancia nutricia que se comunicaba a los hombres, todavía con bultos en las cabezas o con los rifles terciados a las espaldas. Aún se respiraba aliento de libertad, se podía comer hasta atragantarse y seguir sin rumbo calle abajo sin el estorbo de los tranvías y los policiales apostados.

Por el suelo rodaban las cajas de sardinas y manteca, entremezcladas con cadáveres y troncos humeantes. Y todo cuanto se miraba tenía la apariencia de ser lo habitual, de que siempre la calle 10 había sido así, sembrada de porcelanas rotas y piezas de tela chamuscada, de gente sin hambre y con machetes al hombro. De vez en cuando se oía el grito trasnochado de algún borracho:

—¡Abajo el Gobierno!

Ya nadie se preocupaba por responder con otro grito afiebrado. Se tenía conciencia que aquello era

una frase hueca, sin significado alguno. A lo lejos se levantó el retumbar de una ametralladora y la gente se movió con más inquietud, pero en cuanto dejó de oírse, volvieron a su paso cotidiano, sonrientes y embravuconadas.

—¡Todavía hay quién resista!

Para la mayoría la fiesta había concluido y ni siquiera tenían aliento para hacer el balance de la revuelta. Se alimentaba un escondido deseo de recomenzar la vida. En verdad que empezaba un nuevo día aunque todo presagiara la misma órbita para los descamisados.

—¡Ya mi mamá parió!

Parmenio se volvió rápidamente hacia el callejón donde su Teolinda había buscado refugio para dar a luz. Los "Pulgas" huroneaban sorprendidos en torno a la madre tirada en los baldosines, inquietos por ver el cuerpo ensangrentado a esa criatura que lloraba tan fuerte.

—¡Llévate a los mellos! —ordenó el padre.

Ruperta, con mal humor, agarró a los hermanitos de las manos y los arrastró hasta la esquina. Hubiera querido ver el fin del parto. ¿Por qué parían las mujeres? ¿Acaso ella también iría a tener un hijo por lo que le había hecho el "Sátiro"? ¿Dónde estaría él? Se tocó con estupor el vientre y hasta creyó que un

chico se movía en él. Al ver a su padre riendo alegremente con su nuevo hijo en las manos, tuvo deseos de quitárselo. Dejó a los "Pulgas" en la esquina y corrió a su lado.

—¡Mira, hija, es un varón y tiene el cabello negro como tu madre!

Ruperta se lo quedó mirando asombrada. Ahora tenía un hermano sin la cara blanca y sin cabellos rojos.

—¡Es igualito a mi mamá!

—A este sí no me lo descabezarán esos malditos tranvías.

Parmenio respiraba fuerzas y optimismo que jamás conoció. El poderío demostrado por el pueblo lo contagió de una confianza ilímite en sus propias fuerzas. Se sabía capaz de destrozar los barrotes de cualquier bodega, de manejar con habilidad un fusil y hasta de comandar las turbas. Su hijo también sería aguerrido y por eso, en vez de llamarse Gabriel como deseaba su mujer, le daría el nombre de "Mamatoco". A su lado pasó Rengifo todavía con el fusil a la espalda y sintió tremendo deseo por demostrarle su admiración.

—Lo hizo usted bien, hermano, y yo que creía que era un miserable policía como hay tantos que no se sienten hijos de quien los parió.

Rengifo le sonrió sobreponiéndose a su inquietud. De sus labios saltaron palabras de solidaria amargura:

—¡Todos los hijos del pueblo tenemos una misma madre: la miseria!

—Eso lo comprobé yo ayer. ¡Ahora tenemos que estar unidos más que nunca contra esos oligarcas que nos han traicionado!

—Es la consigna —dijo Rengifo y se quedó callado.

—¿Qué le pasa, hermano? ¡Lo veo un poco tristón!

El expolicía no pudo ocultar su pena:

—Ando buscando a mi mujer. La casa en donde vivíamos se quemó y ahora no sé por dónde estará.

Parmenio lo miró apesadumbrado y luego, casi tartamudeando, agregó:

—No es que yo sea mal pensado, pero me dicen que en el cementerio hay muchos muertos sin enterrar.

Se aturdió con aquella insinuación. Repetidas veces había pensado que su Chava hubiera podido morir, pero no creyó realmente en esa posibilidad sino hasta ahora cuando un desconocido se lo decía. Se despidió con un apretón de manos, como solía saludarse todo el mundo esa mañana.

Una romería de seres escuálidos, cubiertos con ruanas o pañolones negros se agitaba en torno a los cadáveres. Eran las lágrimas del pueblo, las madres adoloridas, los hijos y los hermanos que rendían

homenaje de silencio a sus muertos. Iban con las cabezas gachas, cubiertos con sombreros o despeinados, mirando los rostros de los caídos. Movilizaban a los que tenían hundida la cara en el fango y reparaban en su fisonomía después de limpiarles la sangre y el barro. Si descubrían la estampa de un desconocido, le echaban cualquier trapo a la cara y continuaban su recorrido por entre las sepulturas. De repente se levantaba el llanto de los parientes. Se arrojaban sobre el cadáver, lo abrazaban, removían sus cabellos y le sembraban lágrimas en los ojos abiertos y en los labios resecos.

—¡Mi pobre hijo!

Se compactaban los vivos con el muerto en una sola masa y, sin detener el llanto, allí mismo cavaban la sepultura. Con dos palos cualesquiera hacían una cruz y tras de colgar en ella un sombrero o un pañuelo que la identificara, se quedaban allí sobre la tumba recién cerrada, reviviendo con sus voces la triste historia del muerto. Entre la montonera de cadáveres que esperaban sepultura en un hoyo cualquiera, sin la menor ceremonia, surgió de pronto un ataúd de caoba, pulido, sobre la espalda de un hombre. "Ese debió morir de manera natural", imaginó Rengifo al mirar con extrañeza el féretro. Pero no tardó en advertir que el hombre del cajón marchaba solo, sin acompañantes,

en medio de la gran multitud de dolientes que apesadumbrados con su propio dolor ni siquiera reparaban en él. Al mirar sus cabellos alborotados reconoció al "Pelúo". Lo había visto en la Inspección de Policía cuando lo acusaron de haber asesinado a su mujer. Sí, era el mismo, desfigurado por el hambre y la lluvia que habían pegado las ropas a su cuerpo. Se le acercó.

—¿Vienes a enterrar a tu mujer?

Fijó sus ojos en el rostro del expolicía, traspasándolo con su mirada, como si observara un punto distante. Rengifo se terció el fusil a la espalda y con ambas manos le sacudió los hombros.

—¿A quién traes dentro de ese cajón?

Le hizo señas para comunicarle algo al oído.

—¡A Saturnina y a Froilán! —Y se llevó el índice a los labios exigiéndole silencio.

No pudo entender que aquel hombre con sus dos cadáveres a cuestas pudiera movilizarse con tanta facilidad. Se empinó para observar el interior del ataúd y lo encontró vacío. "¿Habrá enloquecido también mi Chava?". Se estremeció con solo pensarlo.

Un llanto más fuerte que los otros indicó que algunas personas acababan de reconocer el cadáver de un familiar. Se asustó tanto como si le hubieran mostrado a su mujer muerta. Acercose al grupo, consolándose al mirar la cara desconocida del difunto.

A cada paso levantaba los pañolones negros como el que llevaba Chava la última vez que la vio. Intranquilo se puso a mirar los muertos apilonados en fosas comunes en espera de que los identificaran. También por entre el césped, al lado de las bóvedas, contra la pared, por todas partes se veían cadáveres, parecía que las miles de sepulturas marcadas con cruces los hubieran echado fuera de sus fosas. Se adivinaba que aquella cantidad de asesinados no podría ser sepultada en el cementerio. Sería necesario abrir tumbas más allá de sus paredes, en toda la extensión de la sabana y aun así sobrarían. Comenzó a tener exacta proporción de la masacre.

En el momento de la lucha, cuando veía caer a su lado a desconocidos y compañeros, miraba las bajas como algo normal que le encendían el heroísmo y la indignación. Pero ahora sus ojos se habían empequeñecido o los muertos aumentaban; su mirada no alcanzaba a abarcarlos a todos, ni su mente a imaginarse su cuantía. Le entró dolor horrible porque esas vidas hubieran sido sacrificadas inútilmente. Vislumbraba entonces el alcance de la traición. Si los jefes que se decían representar al pueblo no hubieran pactado con el Gobierno tambaleante, tal vez habría habido mucho más muertos, el doble o el triple, pero cada uno de ellos hubiera justificado su sacrificio. Si

entre la montonera de sacrificados estuviera escondida su Chava, ya mezclada con la tierra, sepultando en su vientre a su propio hijo, le habría dolido inmensamente. Alguien lo agarró del brazo y Rengifo se sintió conmovido por un fuerte impulso.

—¡Ah!, es usted, poeta.

—¿Quién creías que era?

—Mi mujer.

—Ya la encontrarás si no está aquí entre los muertos, pero debes ocultar tu rifle. Las tropas fieles al Gobierno dominan la ciudad y fusilan a cuantos ven armados.

Rengifo descolgó el fusil de su hombro y trató de romperlo contra el suelo, pero el poeta se lo impidió con ambas manos.

—¡Guárdalo, hermano, mañana, muy pronto, lo necesitaremos!

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición de *La calle 10* tuvo en cuenta la que se publicó en el sitio creado por la Universidad del Valle en homenaje a Manuel Zapata Olivella. En esta página (http://zapataolivella.univalle.edu.co), que recomendamos con entusiasmo, se puede encontrar una gran parte de su obra literaria y todo tipo de materiales sobre su obra y su vida.

LIBRO AL VIENTO

Colección Universal
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA

1 Antígona
Sófocles

2 El 9 de abril
(Fragmento de *Vivir para contarla*)
Gabriel García Márquez

3 Cuentos para siempre
Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, Oscar Wilde

4 Cuentos
Julio Cortázar

5 Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá
(Selección de Reminiscencias de Santafé y Bogotá) (2 ediciones)
José María Cordovez Moure

6 Cuentos de animales
Rudyard Kipling

7 El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

8 El beso y otros cuentos
Anton Chéjov

9 El niño yuntero
Miguel Hernández

10 Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García, Lina María Pérez, Juan Manuel Roca, Héctor Abad Faciolince

11 El curioso impertinente, y un elogio a la lectura
(2 ediciones)
Miguel de Cervantes

12 Cuentos en Bogotá
Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento

13 Los cuentos
Rafael Pombo

14 La casa de Mapuhi y otros cuentos
Jack London

15 ¡Qué bonito baila el chulo!
Cantos del Valle de Tenza
Anónimo

16 El beso frío y otros cuentos bogotanos
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

17 Los vestidos del emperador y otros cuentos
Hans Chistian Andersen

18 Algunos sonetos
William Shakespeare

19 El ángel y otros cuentos
Tomás Carrasquilla

20 Iván el Imbécil
León Tolstoi

21 Fábulas e historias
León Tolstoi

22 La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce

23 Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf, Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

24 Simbad el Marino
(Relato de *Las mil y una noches*)

25 Los hijos del Sol
Eduardo Caballero Calderón

26 Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá
Antología de Roberto Rubiano Vargas

27 Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert Louis Stevenson

28 **Poemas colombianos**
Antología

29 **Tres historias**
Guy de Maupassant

30 **Escuela de mujeres**
Molière

31 **Cuentos para niños**
Hermanos Grimm, Alexander Pushkin, Rudyard Kipling

32 **Cuentos latinoamericanos i**
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti

33 **Palabras para un mundo mejor**
José Saramago

34 **Cuentos latinoamericanos ii**
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca

35 **Bartleby**
Herman Melville

36 **Para niños y otros lectores**
Alphonse Daudet, Wilhelm Hauff, León Tolstoi

37 **Cuentos latinoamericanos iii**
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique

38 **Cuentos Latinoamericanos iv**
José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante

39 **Poesía para niños**
Selección de Beatriz Elena Robledo

40 **El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente**

41 **Cuentos latinoamericanos v**
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia

42 **Tengo miedo**
Ivar da Coll

43 **Cuento de Navidad**
Charles Dickens

44 **Mitos de creación** (2 ediciones)
Selección de Julio Paredes C.

45 **De paso por Bogotá**
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo xix

46 **Misa de gallo y otros cuentos**
Joaquim Maria Machado de Assis

47 **Alicia para niños**
Lewis Carrol

48 **Juanito y los fríjoles mágicos**
Cuento tradicional inglés

49 **Cuentos para releer**
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós

50 **Cartas de la persistencia**
Selección de María Ospina Pizano

51 **Rizos de oro y los tres osos**
Traducción de Julio Paredes

52 **El corazón de las tinieblas**
Joseph Conrad

53 **Cuentos**
Saki

54 **Cinco relatos insólitos**
H. P. Lovecraft

55 **Peter y Wendy (Peter Pan)**
James Matthew Barrie

56 **La edad de oro**
José Martí

57 **La vida es sueño**
Pedro Calderón de la Barca

58 **Poemas iluminados**
Selección de poesía mística
San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León

59 **Por la sabana de Bogotá y otras historias**
José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez

60 Historias con misterio
Ueda Akinari, E.T.A Hoffman, Auguste Villiers de L'Isle-Adam, G.K. Chesterton

61 Cantos populares de mi tierra
Candelario Obeso

62 Una ciudad flotante
Julio Verne

63 La antorcha brillante
Biografía de Antonio Nariño
Eduardo Escallón

64 Viva la Pola (2 ediciones)
Biografía de Policarpa Salavarrieta
Beatriz Helena Robledo

65 Soy Caldas (2 ediciones)
Biografía de Francisco José de Caldas
Stefan Pohl Valero

66 Relatos en movimiento
Leoníd Andréyev, Manuel Gutiérrez Nájera, Arthur Conan Doyle, O. Henry, Baldomero Lillo

67 Historias de mujeres
Luisa Valenzuela, Margo Glants, Marina Colasanti, Gabriela Alemán, Marvel Moreno

68 El paraíso de los gatos
Émile Zola

69 Cartilla moral
Alfonso Reyes

70 Tierra de promisión
José Eustasio Rivera

71 Pütchi Biyá Uai. Precursores
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia I
Miguel Rocha Vivas (2 ediciones)

72 Pütchi Biyá Uai. Puntos aparte
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia II
Miguel Rocha Vivas (2 ediciones)

73 Glosario para la Independencia (2 ediciones)
Palabras que nos cambiaron

74 La historia de Rasselas, príncipe de Abissinia
Sammuel Johnson

75 Anaconda y otros cuentos
Horacio Quiroga

76 El fútbol se lee
Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa

77 Escribir en Bogotá
Juan Gustavo Cobo Borda

78 El primer amor
Iván Turguéniev

79 Memorias palenqueras y raizales (2 ediciones)
Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 Rufino José Cuervo
Una biografía léxica

81 Algunos espectros orientales
Lafcadio Hearn

82 Los oficios del parque
Crónicas
Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga

83 Calidez aislada
Camilo Aguirre
Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011 (2 ediciones)

84 Ficções. Ficciones desde Brasil
Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

109 Bogotá contada 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 poemas de amor colombianos

111 El matadero
Esteban Echeverría

112 Bicicletario

113 El castillo de Otranto
Horacio Walpole

114 La gruta simbólica

115 Fábulas de Iriarte
Tomás de Iriarte

116 Once poetas holandeses
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda
y Taller Brockway

117 Siete retratos
Ximénez

118 Bogotá contada 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 Guadalupe años sin cuenta
Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 «Preludio» seguido de «La casa de muñecas»
Katherine Mansfield
Traducción de Erna von der Walde

121 Sylvie, recuerdos del Valois
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses
Selección y prólogo de Anne Louyot
Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona
Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre
Federico García Lorca

125 Maravillas y horrores de la Conquista
Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 Bogotá contada 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 La historia del buen viejo y la bella señorita
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo



COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca
y deja volar tu imaginación.





La calle 10 fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento cincuenta, y se imprimió en el mes de octubre del año 2020 en Bogotá.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

«"¡Abajo la opresión! ¡Muera el mal gobierno! ¡Resistid a estos miserables verdugos!", grita Mamatoco».

MANUEL ZAPATA OLIVELLA,
La calle 10

Bogotá como eje temático

LIBRO AL VIENTO CAPITAL

«*La calle 10* es un paseo turbulentísimo por la Bogotá de los años cuarenta. Es también el retrato de una ciudad que desapareció: atisbamos el paso del tranvía y las chicherías, vemos transitar las carretas y los mulos, e imaginamos las romerías atraídas por la iglesia de Santa Inés. Es, además, el intento de capturar el instante de hastío que enciende el fuego de una sublevación popular».

De la "Presentación".





INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

